

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LA EUROPA ACADEMICA COMBATIVA

1942

CUADERNO 6

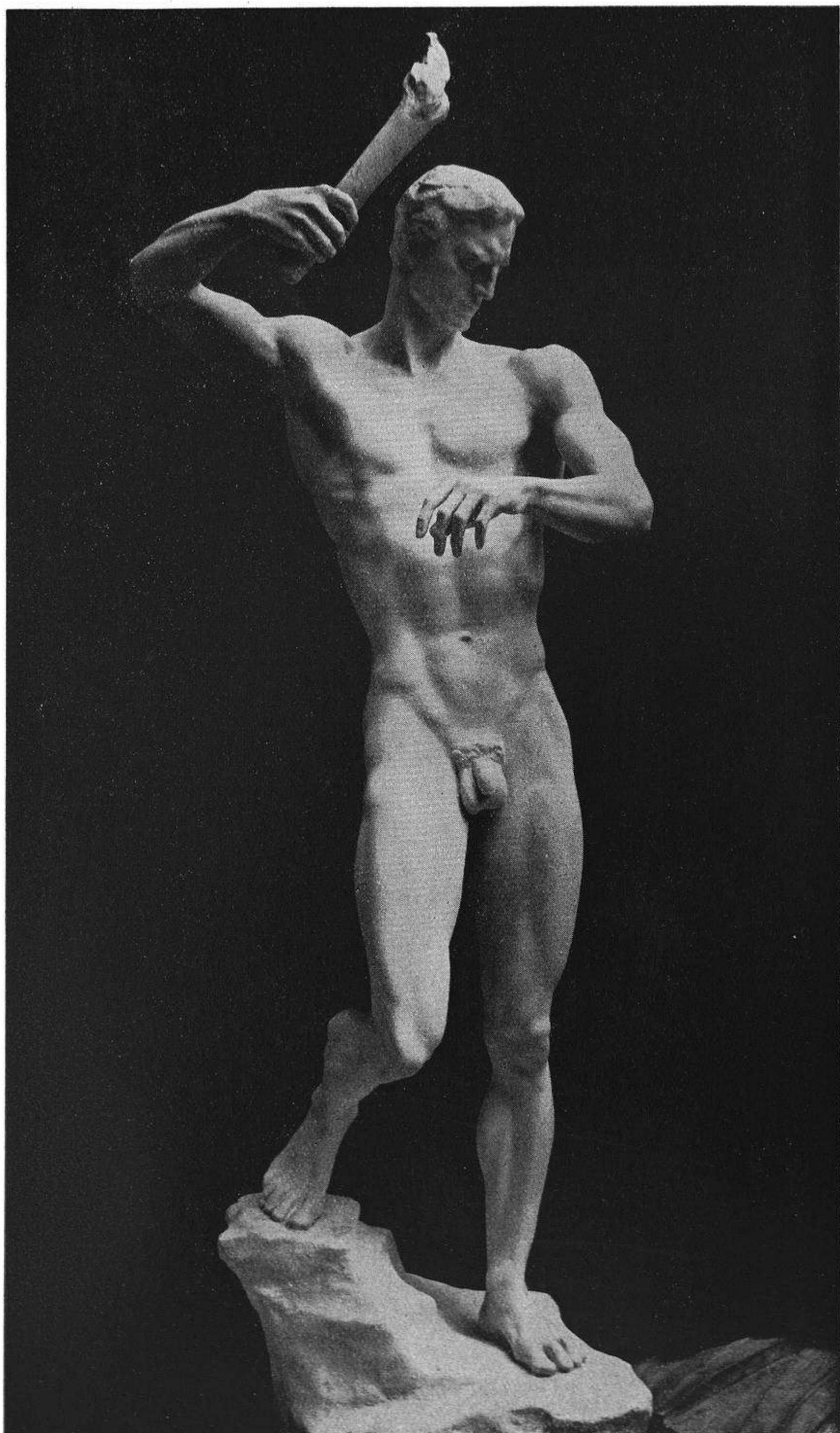
ÍNDICE

<i>Pestalozzi:</i>	El honor de Europa
<i>Alberto Mario Cirese, Pisa:</i>	La conciencia europea
<i>Sven Hedin, Estocolmo:</i>	Advertencia y esperanza
<i>Rafael Prieto Alarcón, División azul:</i>	Los muertos mandan
<i>Prof. Alfredo Pimenta, Lisboa:</i>	A la juventud de Europa
<i>Kauko K. Kula, Helsinki:</i>	La confraternidad de armas
<i>Dr. Vjeko Vrancic, Agram:</i>	La transformación europea
<i>Dr. Janko Janeff, Sofía:</i>	El semblante de la época titánica
<i>Willem Sassen, la Haya, actualmente en el frente oriental:</i>	El arte en la Unión Soviética
<i>Jacques Doriot, legión francesa:</i>	Por nuevos caminos
<i>Rudolf Hoffmann, Berlin:</i>	Proyecto para el tráfico europeo
<i>Jean Vermeire, legión valona:</i>	La camaradería de los soldados europeos
<i>Dr. Matthias Schmitt, Berlin:</i>	Cooperación europea en Africa
<i>Gaius Marius:</i>	Marcha a la campaña africana
<i>Heinrich von Kleist:</i>	¿Qué está en juego en esta guerra?
<i>Friedrich Hölderlin:</i>	Las horas del entusiasmo
<i>Blas Pascal:</i>	Sobre el Infinito
<i>Giuseppe Mazzini:</i>	Sobre el porvenir de Europa
<i>José Antonio Primo de Rivera:</i>	«Unidad de Destino»

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL
BERLIN W 35, FRIEDRICH-WILHELM-STRASSE 22

ARNO BREKER:

PROMETEO



EL HONOR DE EUROPA

EUROPA NO VERÁ PERECER EN SU SENO LAS FUERZAS MÁS NOBLES DE LA NATURALEZA HUMANA. REANIMARÁ LOS FUNDAMENTOS ETERNOS DE ESTA NATURALEZA.

A EUROPA NO LA SALVA NI PODRÁ SALVARLA NADA MÁS QUE UN REGRESO RESUELTO A LOS PRINCIPIOS QUE A IGUAL MEDIDA COINCIDEN CON LA NATURALEZA HUMANA QUE SE ALEJAN DE ELLA LOS QUE DECIDIERON SU PERDICIÓN.

¡SIGLO! ¡PATRIA! ¡CONTINENTE! ¡ARRIBA! ¡A LAS ARMAS! LA VICTORIA ES SEGURA. AUNQUE EL ENEMIGO ES FUERTE Y LO QUE INTENTA COMBATIR Y TIRAR EN EL POLVO NO SON LOS BIENES NI LA VIDA, SINO EL HONOR, EL VERDADERO HONOR, EL ETERNO HONOR DE LA NATURALEZA HUMANA.

PESTALOZZI,

1746—1827.

La conciencia europea

Europa es la levadura del mundo. Mazzini.

Seguramente cada uno de nosotros habrá meditado ya sobre los grandes sacrificios que ahora deben brindar las naciones, despertando en todos nosotros el claro conocimiento de ser portadores de *una misión europea*.

Estas meditaciones nos han enseñado a comprender el valor más intrínseco de esta guerra que significa una demanda de renovación, de una transformación necesaria de Europa, una demanda confiada ahora a las armas del Eje.

A cada uno que haya abandonado una vez el punto de vista estrecho y los intereses particulares pronto se le revelará el sentido profundo de esta guerra; se trata de una *creación nueva de Europa*. Esta significación *más profunda* de la lucha no se ha comprendido en todas partes desde un principio. Problemas que el desarrollo histórico fué dejando a un lado por ser secundarios al principio parecían aun grandes e imponentes y oscurecían de esta manera los rasgos verdaderamente esenciales de los acontecimientos. Pero como ahora se ha distinguido claramente el fin, también se puede motivar su justificación. Se compara nuestras antiguas contraseñas idealistas de la lucha con estos fines, para examinar ante todo la solidez del nuevo edificio. Para ello hacía falta volver a *los valores eternos de nuestros ideales espirituales*. Pues un orden netamente técnico y económico hubiese dado en el vacío, si no se le hubiera antepuesto una *idea claramente formulada de la nueva Europa*. Las fuerzas imperecederas de nuestra raza que dejan entrever una sucesión continua de *revolución, guerra y reconstrucción europea* nos llevan hacia este fin.

Por eso queremos mostrar ante todo la *faz espiritual de nuestra lucha*, para facilitar la visión de las grandes ideas en las que únicamente puede basarse un nuevo orden europeo.

La *significación revolucionaria* de la lucha actual es mucho más grande que la de todas las guerras pasadas que tenían su origen en la defensa de ideas y de revoluciones. Esta guerra es revolucionaria porque es una confirmación de nuestras ideas políticas que a su vez provienen de las elevadas *exigencias éticas* y de las experiencias de la revolución; es revolucionaria porque es además una prueba de la potencia vital de los ideales que profesamos y porque por último significa el alzamiento de la parte mejor de

todo un continente contra el siglo del racionalismo, de las mayorías y de las cantidades.

Con esto no quiere decirse que frente a una idea tan grande como la representa la nueva *Europa* hayamos perdido la vista para nuestro propio país y la significación de nuestras propias exigencias. También los motivos sentimentales y políticos dominan nuestra fe. Ellos deben ser el fundamento para la reconstrucción de Europa; solo su realización puede formar la base sobre la cual se desarrollará la cooperación necesaria del continente.

Rehusamos toda forma exagerada de imperialismo. Porque en primer lugar queremos volvernos hacia nuestra misión continental.

Siempre es preciso representarse que nuestro conocimiento nacional y racial será ahondado principalmente por los valores culturales. La primera señal de un conocimiento europeo se manifestó, cuando Alemania e Italia defendieron a *Europa*, a pesar de toda percepción de sus propios intereses. Eso aconteció en el momento en el que mostraron por primera vez los síntomas de un despertar europeo y al mismo tiempo se hicieron cargo de la tarea de alzar las armas contra el enemigo europeo. Este síntoma y otros nos proporcionan la seguridad, que también se preparará la *paz* con armas espirituales, por lo que de antemano se eliminará el peligro de una paz improvisada.

Será una *paz ética*, porque no cuadrará en los límites estrechos de un convenio o de un orden principalmente económico. Quiero indicar una paz que proporciona a todas las naciones europeas — que sean vencidas, vencedoras o neutras (si es que habrá neutras) — el conocimiento de un *deber ético y político* y un deber que no se ha de cumplir únicamente dentro de las fronteras de cada país, sino *en atención a Europa entera*.

Una paz ética comprendida así será al mismo tiempo revolucionaria. Es el fruto auténtico de la revolución y en su sencillez adaptará la esencia del fachismo y del nacional-socialismo. Es imposible imaginar una colaboración de fuerzas idealistas y económicas con un fin europeo sin cumplimiento del deber político que una paz así exige bajo la forma de un concepto nuevo de las relaciones entre los súbditos y el Estado, entre el Estado y el trabajo.

Una paz así formulada pide necesariamente el vencimiento de todo materialismo histórico. En esta paz Europa reconocerá a los valores *ideales y éticos* la importancia que hasta ahora daba únicamente a los valores puramente materiales. Corresponde lógicamente a esta paz ética y revolucionaria la destitución del oro para crear una *base nueva para la riqueza de las naciones*. Esta destitución del oro conseguirá — según el juicio de expertos —

en la esfera moral el mismo alcance que ha alcanzado ya en el dominio económico. También esto es un síntoma de la nueva potencia vital europea que tiene que hacerse calle, si el Continente quiere lograr la unidad ideológica necesaria para su vida futura.

Actualmente se comprende la unidad europea como una de las necesidades más urgentes del próximo porvenir; yo la miro como una *demanda del desarrollo histórico de la cultura* y no solo como una simple cooperación de factores económicos y materiales.

¿Encontrará la paz ética y la unidad ideológica consiguiente de Europa el reconocimiento absoluto de todos los hombres europeos o se podrá realizar en la práctica tales principios solo con medidas coercitivas? Acaso este es el punto más importante de la nueva construcción de Europa. En todo caso en esta cuestión se trata del mismo principio: el *reconocimiento de un conocimiento europeo auténtico y general*. Hay hechos que prueban que se trama una unión cada vez más estrecha entre los estados europeos. Ya por el hecho que nuestros pensamientos europeos se basan sobre la *idea del trabajo* como eje de toda realización verdadera y que se aprecia al trabajo como uno de los valores más universales existe entre las naciones una estructuración espiritual que no puede ser alterada por ninguna riqueza material sea adquirida como quiera. Esta estructuración nueva es una de las demandas del nuevo orden europeo. El puesto de cada nación — además de sus capacidades de movilizar sus propias fuerzas de trabajo en su orden interestatal — será determinado por el hecho, que cada nación tiene la posibilidad de sentir la colaboración dentro de la unidad europea como un *derecho* y una *obligación*.

Así se trasluce nuestra gran tarea en una Europa futura. Pero además hay que reconocer otro deber más inmediato y más urgente. Se trata del deber de abrir paso a la nueva Europa, de prepararla. Todas nuestras victorias militares son inútiles, si no las acompaña una *mobilización de la conciencia europea*.

Aquí aparece obligatoria una educación: esta educación ha de comprender la *inteligencia de la nación*, porque ella es la que crea y desarrolla la cultura sobre la base de fuerzas universales y humanas. La inteligencia ha de influir sobre aquellos elementos que ya poseen esta cultura o son capaces de formarla; ella es la que yergue el edificio espiritual de este mundo que surge de la cultura. Ella es capaz de plasmar la vida de todo un continente y hacer surgir de esta manera una cultura que emana directamente de los valores espirituales que el espíritu cuida y elige.

El signo de esta cultura es que no se agota únicamente en el desarrollo de formas netamente económicas y materiales, sino además tiene un *carácter político universal*.

Advertencia y esperanza

Más de veinte veces he estado en Rusia: he atravesado al imperio ruso desde San Petersburgo hasta Wladiwostok, desde Irkutsk hasta Taschkent, desde Jekaterinenburgo hasta Sewastopol. Una vez, de 1885 a 1886, he pasado ocho meses en Balakjanij cerca de Baku. No dejé nunca lugar a duda sobre mi propio punto de vista — sobre todo, cuando la Rusia zarista se trocó en roja. He viajado en trineo por los bosques de la Siberia oriental, seis años antes de terminarse la construcción del Ferrocarril Transiberiano y he dormido estupéndamente en los pobres cortijos de la Siberia, de los Kirghis entre Orenburgo y el lago de Aral lo mismo que en Turquestán.

En todos estos viajes he tomado simpatía por los campesinos rusos y por el pueblo ruso primitivo, modesto y pobre, por estos hombres hospitalarios, sinceros, honrados y bondadosos, que no desean otra cosa que poder vivir en paz, plantando su col y arando sus campos con sudor y trabajo. No se atreven a decir su opinión, cuando se habla con ellos a cuatro ojos. Les han robado su ganado y sus campos y más de una vez han visto desaparecer sin rastro sus vecinos y camaradas, sus hijos y hermanos; saben que las paredes oyen. Callan como la tumba, pero por sus voces trémulas se oye y por sus ojos húmedos se ve, que solo con un máximo esfuerzo contienen el odio incandescente contra los verdugos que son los sucesores de los zares — siendo Iván el Terrible un ángel de luz comparado a ellos — contra estas bestias de forma humana que con el knut en una mano y el hacha en la otra están continuamente al acecho para asesinar y creen poder consolidar su propio poder y prolongar su propia vida matando a otros; contra estos monstruos que han firmado con manos ensangrentadas la sentencia de muerte de cienmiles de hombres que seguramente no fueron peores que ellos, sino comparados a ellos inocentes como los niños.

De allá por el año 1240 existen descripciones de los asesinatos cometidos por los mongoles salvajes en hombres, mujeres y niños de Hungría y de otros países cristianos. Se niega uno a creer, que hombres sean capaces de una crueldad tan bestial, aunque se trate de habitantes del Asia. Pero cuando ahora se lee en los periódicos descripciones de los acontecimientos que tuvieron lugar en el

año de Nuestro Señor 1941 no lejos de nuestra costa en los países ocupados por la Rusia Soviética hace año y medio, entonces tiene uno que decirse que rivalizan directamente con los crímenes asiáticos de la época del siglo 13.

Hace 700 años Europa se encontraba en una situación que en muchos sentidos se parece a la actual. Antes ya hordas de jinetes salvajes habían salido fogosas de las profundidades del desierto asiático, asesinando, incendiando y devastando. En 451 Attila, el rey de los hunos, inundó al Imperio de Occidente, atravesó Alemania que obligó a someterse, penetró en Galia por encima del Rin con 500.000 jinetes y fué derrotado rotundamente en los Campos Catalaunicos por el general romano. Entre 1237 y 1241 el nieto de Dschinghis Khan, Batu Khan, se lanzó con sus legiones montadas a través de Rusia desde el Wolga por Moscú hasta Nowgorod, es decir en la dirección contraria en la que hoy avanzan las masas del ejército alemán. Las hordas mongólicas atravesaron Podolia, Besarabia, Eslovaquia, Hungría y el Norte de Italia. Otro grupo eligió el camino por Lituania, Prusia y Pomerania. Igual que Batu Khan que hacía 700 años había sido un azote para Europa y la cristiandad en los últimos años se preparaban Stalin y sus paladines a devastar por completo nuestro Continente, solo con la diferencia, que su guerra de extirpación contra la civilización occidental y la cristiandad hubiese sido mil veces peor que la de los mongoles. En Finlandia, en los países del Báltico, en Polonia, en la Bukovina y en Besarabia ya había puesto pie firme y ejercitaba sus tropas de muchos millones y sus formaciones de carros blindados para el huracán aniquilador sobre Europa, una empresa que por horrible y monstruosa sobrepasa toda fantasía humana, un asesinato de medidas vertiginosas, para cuyo éxito bajo banderas ensangrentadas los jefes de las naciones anglosajonas querían prestar con entusiasmo la mayor ayuda posible.

Con Ivan Ivanowitsch Vissarionowitsch o Stalin Winston Churchill ha hecho un pacto que al principio no se atrevía llamar alianza y cuyo único fin es el de destruir toda Europa. ¿Es posible que la nación norte-americana con su abundancia material se entregue sin el menor escrúpulo a esta escoria, para ayudarla en su lucha contra los ejércitos alemanes, italianos, finlandeses, húngaros, eslovacos, rumanos y croatas, cuya misión consiste en librar a Europa de esta infección terrible?

Para las naciones civilizadas, para las que creen en Dios es una misión vital extirpar una ideología, cuyo fin principal es propagar los principios bolcheviquistas por todo el mundo y

asesinar en una revolución mundial horriblemente cruel y sangrienta los representantes de la inteligencia, de la cultura, de la ciencia y de la religión, igual que sucedió en Rusia misma en los años después de la revolución en noviembre de 1917. Es el deber principal de las naciones europeas librarse una vez para siempre de tales amenazas. Al mundo civilizado de Occidente no le sirven profetas como Lenin, Trotzki, Kamenoff, Zinovieff, Stalin y sus partidarios. Es una realidad trágica que en la lucha gigantesca entre el bolcheviquismo y la cristiandad, entre asesinos y hombres civilizados los ingleses han tomado el partido de los bárbaros.

Sin embargo esta amistad de las naciones anglo-sajonas con los comisarios del Cremlín nos puede tener muy sin cuidado. En este momento las naciones de Europa ya no necesitan temer la revolución mundial anunciada. Los cien millones de campesinos rusos que fueron despojados de todo por la economía reglamentada de los koljoses bajo el odiado régimen bolcheviquista, — comparado con el cual la esclavitud era un paraíso —, recibirán con gratitud a los libertadores que les devolverán sus campos y cortijos y les enseñarán el arte de la agricultura económica. Por la proclamación del Führer al estallar la guerra contra Rusia sabemos, qué intenciones tenían Stalin y Molotow contra Finlandia. Todo el mundo sabe, lo que hubiese significado para la cultura occidental, si este pequeño puesto avanzado de Europa en el extremo Noreste hubiera sido inundado por las hordas asiáticas. Los finlandeses que no se hubiesen salvado a tiempo para Suecia hubieran sido fusilados o deportados a la Siberia en vagones para ganado. El próximo trámite ruso hubiese sido entonces, abrirse a la fuerza un camino hacia el Atlántico por Suecia y Noruega y cumplir lo que llamaban los libros de historia rusos «sovietnaja misl», la idea secreta del Zar Pedro.

Hay algo profundamente trágico en el hecho que los Estados Unidos que en la campaña de invierno socorrieron tan generosamente a Finlandia, ayuden ahora a su enemigo surgido de lo más tenebroso del Asia. Es evidente que el Führer y el ejército alemán han quebrado ya la resistencia en el Este y que no se tardará mucho en ganar una victoria absoluta. ¿Donde estarán entonces las naciones anglo-sajonas?

Es preciso extirpar al bolcheviquismo. Aquí no sirven medidas a medias. Yo sé que nadie es capaz de llevar a cabo esta tarea más que el Führer de Alemania Adolf Hitler, el ejército alemán y las tropas de las naciones aliadas. El bolcheviquismo es una desgracia para la humanidad entera — hace falta extirparlo.

Los Muertos Mandan

Pocas veces he cogido la pluma con la emoción que en la ocasión presente. La causa que la despierta es la contemplación de un espectáculo que tiene la precisión de todo lo que se produce en ambiente alemán y del que queremos dar cuenta porque estamos seguros que en Europa nunca se repetirá.

Es tan perfecta la representación, se ven tan cerca las cosas en los primeros planos, que talmente parece que los espectadores participamos en ella, porque las voces que oímos parecen no ser extrañas a nuestro oído y los rostros que divisamos nos recuerdan caras que conocimos.

En un campamento de soldados que luchan muy lejos de la Madre Patria llega un parte apremiante: tres camaradas envían un mensaje pidiendo socorro inmediato. Ya sabéis que en los espectáculos todo es mágico y extraño. Por eso, aquí, el mensaje es el siguiente: El casco de uno de los asediados, atado a la montura de un caballo.

Pero a pesar de lo lacónico de tal aviso, en la suspicacia guerrera él es suficiente ... Hay que prestar inmediata ayuda a los tres valientes que salieron a ejecutar un arriesgado servicio: Internarse entre las tribus enemigas para intentar aprovisionar el vivac militar en el que acampaba aquel puñado de aventureros. Para todos, el adentrarse en aquellas hordas, en número tan exiguo como el de tres, era hazaña difícil; pero se les consintió la marcha, porque, aparte de que en la milicia a la audacia no se le pone freno, de sobra sabéis que la fantasía tampoco lo tiene.

Son las cinco de la madrugada, triste epílogo de una de esas frías y largas noches del invierno ruso en el que la oscuridad anega los campos y hace que oigamos voces misteriosas perdidas en la lejanía, cuando en troikas arrastradas por caballos que encanecen y envejecen no más salir, montan los que del campamento van al rescate de los que pidieron auxilio. Los copos de nieve unifican, al ocultarlas, todas las cosas y hacen perpetua la blanca prisión en que la hierba, las semillas y todos los germenos de vida están envueltos.

En el nebuloso extremo de un camino que se abre brecha culebreando a través del bosque se oye un susurreante ruido: unas manchas negras parecen arrastrarse por el albo suelo. ¿Qué es ello? Conforme salen a la explanada esclarecedora resolvemos nuestra duda. Es la modesta caravana que forman los seis trineos

en los que la mitad de los expedicionarios van a prestar el socorro pedido. El resto quedó más atrás para dar una batida a los «partisanis» que merodean junto al camino.

Al galope de los veloces caballos se deslizan los que tuvieron la suerte de ser designados para recuperar a los intrépidos camaradas. Son viejos amigos, paisanos del lejano terruño que exigieron tan honroso servicio y que encontraron para su pretension en su Jefe una comprensión delicada y generosa.

La impaciencia de los viajeros, que clavan la punta de su carabina en el anca del caballo, aviva de tal modo la carrera, que el indígena, mitad salvaje, mitad europeo, que conduce la troika de rodillas sobre una estrecha tabla, apenas consigue conservar el equilibrio.

Y es que este pueblo, inhumano y cafre que atravesamos en la película, parece castigado por decisión divina a vivir, como el conductor del trineo, en un balanceo permanente, sin punto fijo de apoyo para su espíritu: condenado a una incertidumbre constante sobre su destino y a practicar lo que tanto aborrecieron. En el país de las frases de resonancia universal: «Más vale morir de pie que vivir de rodillas», sus habitantes, castigados por su soberbia atea, se pasan tanto tiempo al día en esa última posición que tienen encallecidas aquellas articulaciones.

La caravana dejó atrás poblados que son, por quienes los habitan, cueva de alimañas. La noche, la impaciencia y la velocidad se confabulan y ellas tres ocasionan mas de un vuelco bien en un bache, ya en una vuelta rápida. Entonces, mantas, mochilas, fusiles y ocupantes ruedan por la nieve y cuando los últimos, siempre ilesos, se levantan, parece que de improviso la expedición ha sido atacada por una manada de osos polares: ¡Tanta es la nieve que los cubre!

La impaciencia por prestar socorro a los tres que lo pidieron hace fugaces todas las paradas e inexistentes todos los obstáculos. ¿Qué sería de los tres valientes perdidos en la feroz animalidad de aquellas gentes y de aquel paisaje sin humanidad?

Ya llegan las troikas al término de su viaje. Todos se lanzan rápidos a inquirir el sitio exacto en el que esperan los audaces camaradas. Fatigados por la corta pero intensa carrera que por las calles del poblado realizan los que acuden en auxilio llegan a una explanada con apariencia de plaza: ¡Allí están los que buscaban!

A la intemperie, ante una estatua de Lenin que sonríe de su obra maléfica, en un lecho que es sencillo y duro como el que

usan los heroes, duermen los tres esforzados compañeros: Un oficial y dos soldados. Los recién llegados, en obligada disciplina, se presentan a aquel: «¡A sus ordenes, mi teniente!» «¡Bravo, valientes camaradas, mi abrazo a quienes se honran al auxiliarnos!» Pero los tres queridos compañeros no nos oyen. Ha sido tan agitado su paso por la vida, tan grande el esfuerzo realizado en su último servicio, que ahora yacen bajo el influjo de un sueño tan profundo y duradero que es inútil todo intento para despertarlos. Porque el sueño de los heroes es tan largo, tan largo, que agota la vida del que se sienta a su lado en espera de que despierten. Despiertan, si, ante otras generaciones para hacerles el relato de sus hazañas y mostrarles una bella ruta a seguir en la vida. Pero no tienen porqué despertar cuando quienes los llaman saben la leyenda exacta de los que reposan.

Cuando los fatigados expedicionarios escuchan tan solo el eco de su propio saludo sin percibir la más pequeña agitación en los tres camaradas que a sus pies descansan, se retiran sigilosamente para no hacer ruido, para no molestar, para montar la guardia de honor que se hace ante el lecho del heroe.

Pero es tanta la emoción que domina a los espectadores de película tan impresionante, que nuestra atención percibe los más pequeños gestos y los más leves detalles. Por ello hemos adivinado que el oficial que manda a aquellos muchachos susurra unas imperceptibles palabras y que estos responden en idéntica forma tras haber insinuado una cruz sobre su frente. El aire agita las descubiertas cabelleras; seca severidad domina los rostros ... ¿Qué visión entenebrece la alegría del reencuentro? Será acaso la fea perspectiva de un cuadro que tiene en su fondo la estatua del feroz conductor de un pueblo mezcla de idiotas y asesinos? ¿O es la brusca aparición en medio de tan respetuoso silencio, de la trágica resonancia que produce el choque de picos y palas contra el suelo? ...

Temblando de emoción depositan en las troikas aquellos cuerpos, difícilmente salvados del cruel exterminio y de la sacrílega violencia. ¡Habían sido liberados! ¡El rescate anhelado llegaba a tiempo! Por ello, cuando levantando el piadoso paño que encubría el rostro de uno de los heroes, quedó este al descubierto y había anticipado su saludo, pues su rígida mano quedaba a la altura en que los asesinos dan el tiro de gracia a los valientes a quienes a traición matan.

La fatigada caravana llega al punto ansiado de su reposo.

Se adivina que estamos en el final del espectáculo, porque la emoción se multiplica por momentos. Se les va a asignar a los tres

heroes estancia definitiva: En lo que fué Lazareto para inválidos de cuerpo se reconfortan ahora los débiles de espíritu, en presencia de los que yacentes en el sitio de honor nunca sintieron debilidad alguna. ¡Jamás el tafetan y la gasa hicieron servicio tan eficaz, con ser tantos los realizados con ellos, como este servicio de hoy, en el que cuatro trocitos de pegajosa tela sujetan dos franjas de ancha cinta en forma de Cruz. La Cruz cristiana, símbolo exacto del martirio: del que sufrieron ellos y del que el suyo nos causa a nosotros.

Los oficiales de la conmovida tropa ya alzan sobre sus hombros la preciada carga del compañero que llegó antes que ninguno a la estación de término a que se encamina el que viste entorchados en su uniforme. Y los que visten este sin galón alguno. Por eso, delante de aquél, llevan ya el mismo rumbo sus dos compañeros de aventura ... Dos Banderas, cuyos colores enardecen el mirar de los presentes, envuelven amorosamente en sus pliegues los misteriosos ensueños de los que bajo ellas duermen: Son como un ramalazo, una ráfaga de perfume, de luz y de calor de la querida y lejana Patria por la que ellos realizaron todas sus hazañas. El Comandante autoriza el cierre del definitivo recinto con tres ¡Presentes! que quieren ser vibrantes y que salen impregnados de trémolos sentimentales. ¿Cómo no iba ser aquella la escena genuina del más profundo sentimiento, si allí delante teníamos al Comandante vibrante de emoción y de humanidad, abrazado al hermano del heroe para confundir con él el dolor suyo y de su tropa por no haber sabido despertar a los tres mejores camaradas para que convivieran perpetuamente con nosotros! ¡Por una sola vez el clima ruso traidor en sus bajo-ceros espantosos — como los habitantes de tan inhospital planicie — se suma al glorioso destino de unos aventureros nacidos en lejanas tierras y para que el bello cuadro no se malogre, manda su eficaz ayuda lanzando sus fríos copos de nieve a los rostros severos, que agradecen esa humedad porque bajo ella encubren las lágrimas que ruedan por ellos; ¡rostros que por aguerridos no debieran conocerlas!

¡Que solos se quedan los tres heroes que es como decir los tres protagonistas! Ahora, y por unos instantes, surge uno nuevo: ¡Es el CASCO de uno de los que allí quedan! ¿Qué será de los otros dos que sin él no podrán retener bajo su acerada armazón los sueños llenos de atrevidas hazañas y de proezas deslumbrantes que se entrecruzan en la impasible cabeza de un heroe en su tumba?

Para que la congoja de ellos no pueda ser la nuestra, en su callada lección — un casco sobre una Cruz, símbolo espiritual de la lejana Patria — los MUERTOS MANDAN.

A la juventud de Europa

Yo también fui joven una vez igual que tú, juventud de ahora. También yo investigaba la lejanía e inclinaba mi oído hacia la tierra, para comprender el sentido y el ruido de los sucesos que nos rodean. Yo que vivo en la sociedad de almas jóvenes, florecientes que llevan mi nombre y mi sangre, cuyos rostros contemplo una infinidad de veces y en cuyas miradas inocentes dejo perderse mis ojos que envejecen — yo te abro mis brazos, te abrazo sencillamente según corresponde a mi manera de ser y te ofrezco mi saber que es poco y mi experiencia que es mucha. La mitad de mi vida era así como espero que ninguno de vosotros habrá que vivirla. Huérfano desde muy pequeño empecé demasiado pronto a estudiar por mi propia cuenta lo que significa la vida con sus crueldades más rudas y sus tentaciones más sagaces. Llevado por una independencia espiritual absoluta atravesé todos los mares del pensamiento, busqué amparo en todos los puertos y experimenté la alegría de una calma en el mar; altivo hice frente a la estrechez de todos los tiempos: empecé a pensar.

Ni soberanos ni masas jamás me hicieron callar para concederles miramiento, ni me hicieron levantar la voz para lisonjearlos.

Y como me había acostumbrado desde mi primera juventud a pensar elevadamente, todos los hombres, empezando por los golfos que me molestaban con pedradas hasta los más prestigiosos me trataban con consideración. Pude perseguir la línea clara de mis reflexiones que no es otra cosa que la línea de un entendimiento espiritual que trata de alcanzar su fin, para servir.

Siendo yo así ¿cómo podría tomar otro partido, juventud de ahora, que el de un compañero mayor, de un camarada experimentado que ya ha formulado los temas que os atormentan todavía, que ya ha solucionado los problemas que os oprimen aún?

Mi cuerpo no está encorbado por el cansancio o por enfermedades, mi rostro no lleva los surcos profundos que ara Cronos, sino estoy dispuesto a luchar en los umbrales de mis sesenta años; llevo conmigo la experiencia de mis años que no he vivido para pasármelos durmiendo. Jamás en mi vida tuve un día de descanso y no habrá tampoco vacaciones; mi espíritu se halla continuamente despierto. Y por esta experiencia mía os hablo a vosotros. ¡Escuchádmeme!

La época en que vives, juventud de ahora, tiene dos aspectos: ¡una internacional y otra nacional!

Echemos una ojeada sobre el mundo que se extiende fuera de nuestras fronteras:

Dos grandes ideologías dominan el día de mañana. La una toma sus doctrinas de la revolución francesa. Abierta o clandestinamente se la llama comunismo o democracia. A ella le sirven todos los que se preservan de luchar contra el comunismo, igual bajo que pretexto, que se callan cuando se le critica o que incluso hacen callarse la crítica.

Pero yo no la sirvo. Porque yo no la apoyaré ni con mi silencio ni con mi inactividad, cualesquiera que sean sus intenciones. Cuando llamó a nuestra puerta al poner pie en España mi preocupación no se echó a dormir. Ahora que ya puede penetrar en Portugal, ahora que ya la siento en Portugal, disfrazada de combatiente por la «libertad de las naciones» y de la civilización católica, resuena más penetrante mi grito de alarma. Pero ante el silencio que guardan frente a mi protesta partidos y personajes de los que nunca hubiese soñado que pudieran prestarse a compromisos peligrosos suena más grave todavía.

Confío en Dios que el dragón bolcheviquista será aniquilado por el puño férreo de Alemania y de sus aliados para disgusto de los cómplices en Inglaterra y en los Estados Unidos.

¡Ay de nosotros, si no sucediera así! Significaría una hecatombe apocalíptica o el derrumbamiento total de nuestra cultura.

Sé que hay hombres jóvenes infectados por el veneno del bolcheviquismo. Algunos entre ellos se me han confesado francamente y me han rogado de aclarar las cosas. Conozco sus escritos, sus libelos, sus periódicos, su actividad. No os aborrezco, os lamento; no os desprecio, os compadezco. Pero aborrezco y desprecio a los que os envenenaron: a los catedráticos que propagan el «espíritu científico» que representan; a los escritores responsables que no vacilan en pervertir la inocencia de la juventud y que no ven o no quieren ver donde está el origen del mal.

El bolcheviquismo es el enemigo arrebatado de nuestra cultura, el enemigo de nuestra patria, del orden de la familia, de la existencia nacional, de la grandeza de nuestro pasado y de las esperanzas justificadas en nuestro porvenir.

Luchar contra él es nuestro deber y vuestro también. Es el deber de todos. Luchar contra él es defender el honor de nuestras madres, de nuestras mujeres, de nuestras hermanas y de

nuestras hijas; es defender el honor de nuestro país, de nuestros hermanos, de nuestros hijos; es defender nuestra fe intrínseca, la belleza de nuestras catedrales, el valor de nuestros palacios y la hermosura encantadora de nuestros hogares; significa en una palabra defender al pueblo que sufre y trabaja contra las tentaciones diabólicas de sus instintos y las seducciones criminales de su flaqueza.

Ya oigo algunas voces que sostienen la teoría absurda que no nos podemos declarar a favor de Alemania, porque esta cruzada que se inició contra el comunismo y que hace falta llevar a un término, no es otra cosa que destrucción y ruina. ¡Bien dicho! pero mañana, cuando la Alemania victoriosa con sus aliados preguntará al mundo donde estuvieron, mientras que en los duros combates del Este sacrificaba la sangre ardiente de su juventud mejor, entonces no deben asombrarse, si primero muestra su amistad a los que estuvieron a su lado. Es evidente que Alemania, cuyo destino entero está en juego en esta guerra del Este, mañana, cuando haya logrado su victoria como yo lo espero en nombre de Dios, recordará las simpatías de los que la rodean y apartará la vista de los que se escondían tras las máscaras.

Podéis contestarme: ¿Qué sucede si Alemania queda vencida? Y yo os contesto: Si Alemania queda vencida triunfa Satanás. Con él haga un pacto quien quiera; pero quien quiere servir a Dios no podrá hacerlo jamás. Si Alemania queda vencida, mueren la cultura y la religión.

La filosofía bolcheviquista o «democrática», representada actualmente en Europa por Rusia e Inglaterra, en América por los Estados Unidos, se opone a la idea del estado autoritario que en Europa representa en primer lugar la Alemania de Adolf Hitler e Italia con su rey y Mussolini.

Llamad a esta filosofía una reacción antirevolucionaria, anti-democrática, antiliberal, antiparlamentaria, en una palabra anti-bolcheviquista.

Esta reacción tiene en cada país en que surgió un aspecto especial según su particularidad y su posición en el mundo.

Pero existe un *espíritu común* y precisamente esta base común es la que hace falta asegurar a todo trance.

El nuevo orden del que se habla actualmente aun no está fijado en sus detalles. Pero en estos tiempos inestables de guerra que deciden sobre el porvenir, los combatientes de la nueva Europa cumplen su deber y esta juventud reparará las devastaciones del régimen democrático-bolcheviquista. Mi opinión es evidente: Soy contra la democracia y el bolcheviquismo; soy contra todos los que le ayudan y le apoyan directa o indirectamente.

**KAUKO K. KULA, UNIVERSIDAD DE HELSINKI,
ACTUALMENTE CURA CASTRENSE DEL EJÉRCITO
FINLANDÉS:**

La confraternidad de armas

Antes de la gran guerra actual la juventud académica pudo observar en la mayoría de las universidades europeas y en las academias de su vecindad un modo de vivir y de proceder exaltado que nacía de la «libertad» democrática tan decantada.

En algunos países democráticos ocupaban incluso los puestos más considerables del gobierno hombres, que tanto en su vida particular como en su vida pública no tenían ya ningún sentimiento de *responsabilidad* y ninguna idea de *formalidad* y que estaban dedicados únicamente a cuidar de sus propios intereses egoístas. Y se consiguió esparcir este veneno que roía las raíces de la sociedad desde conocidas fuentes internacionales hasta en las últimas filas del pueblo. Con eso surgió una *anarquía ética* que hasta la fecha no encuentra equivalente en la historia. Era su misión fingir una libertad individual absoluta. Pero en realidad esta simulación servía a un fin muy distinto: debía conducir hacia una oligarquía internacional que se basaba sobre las aspiraciones desconsideradas del judaísmo internacional y masón.

Hay que contemplar ante este fondo las visiones del porvenir pesimistas de aquella época que declaraban la decadencia del Occidente como una necesidad inevitable. Pero la mayor parte de la juventud académica de Europa no hacía caso de las profecías. La juventud quería penetrar profundamente a través de la superficie, para llegar al *origen* del mal.

Con la esperanza de encontrar un camino que los salvara de las tinieblas, muchos estudiantes finlandeses marcharon a otros países europeos; pero en todas partes reinaban las mismas condiciones como en la patria, solo que en otros sitios la situación era acaso más grave todavía.

En el verano de 1938 también yo tuve la ocasión de estudiar estos problemas en el extranjero. Una casualidad venturosa me llevó a Alemania. Alemania comunicaba al extranjero un presentimiento de la nueva Europa que será conducida por una nueva generación bien educada y convenientemente ejercitada hacia fines

nuevos y grandiosos. Esta generación nueva había profesado una ética individual y social completamente nueva que no tenía nada que ver con las doctrinas que habían provocado en tantos países una anarquía moral ilimitada. En el centro de esta juventud surgió un tipo de hombre perfectamente nuevo, una *personalidad férrea* que saldría vencedora ante todo de la lucha espiritual contra la doctrina democrática condenada al hundimiento, como también de la guerra que se aproximaba implacable tramada entonces ya por los hombres influyentes de algunas democracias.

Mientras que aquellas «democracias» destruían a fuerza de su propaganda criminal la vida interior de muchos estados por una anarquía ética, tiraban con su sangre fría conocida la tea de la guerra en medio de este continente, porque esperaban poder asfixiar de este modo las fuerzas germinativas que querían preparar Europa para un porvenir mejor y más glorioso. Pero en vez de caer en el abismo proyectado, en realidad las naciones jóvenes de Europa *se unieron* en un frente común, para luchar contra la oligarquía judía y su manifestación concreta, el bolcheviquismo. Comenzó una guerra gigantesca, cuyo final victorioso está asegurado y al alcance. Además de la victoria en el sentido exterior de la palabra, esta lucha ha originado otro resultado positivo más importante aun: ha unido a las naciones civilizadas de Europa por un nuevo espíritu de solidaridad en una única confraternidad de armas, de modo que ahora se puede hablar con razón de una confraternidad de armas europea tanto en el frente como en la retaguardia. La importancia de este acontecimiento es incalculable todavía.

La juventud académica de Finlandia que lucha en el sector septentrional del frente del Este ve en esta confraternidad de armas europea la realización de sus esperanzas más íntimas y la reanudación de relaciones antiquísimas que han sido muy considerables durante toda nuestra historia. En la gloriosa guerra actual contra el enemigo común de Europa fueron confirmadas definitivamente. En el porvenir esta lucha causará un efecto recíproco cada vez más profundo en las naciones europeas y sobre todo en las juventudes académicas de estos países. Pues todos los combatientes han hecho la experiencia, que una confraternidad de armas probada en sangre y fuego es la base mejor y más sólida para el porvenir. Esta confraternidad de armas es el fundamento de granito, sobre el que se basa una Europa nueva y rejuvenecida.

Dr. VJEKO VRANCIC, AGRAM:

La transformación europea

Ha desaparecido la Europa creada en Versalles. Ni siquiera quedó bastante tiempo para levantar de sus escombros un monumento histórico, porque las manos de las naciones jóvenes están ocupadas en despejar y allanar caminos nuevos en los que la humanidad resucitada avanzará hacia una vida nueva.

La crisis espiritual de la antigua Europa se manifiesta en el desarrollo de la filosofía materialista durante los dos últimos siglos hasta que alcanzó por fin su punto culminante en el comunismo materialista universal. La crisis social, política y económica se reflejaba en la actividad de la sociedad individualista, en el hundimiento del estado democrático y en la decadencia de la sociedad liberalista.

Una Europa tan gravemente infectada basaba su orden en una de las mentiras más grandes de todos los tiempos, es decir en el racionalismo puro sin espíritu ni amor, adaptando consecuentemente una forma política llamada con el nombre pomposo de democracia, en la que los intereses grandes y pequeños corrían a porfía hacia lo infinito como los perros azuzados contra liebres artificiales, convencidos siempre que con una carrera así cumplían el santo deber frente a su «clase». Entretanto solo los explotadores de este orden gozaban todas las ventajas en el caos de esta carrera desatinada, para cobrar después en el registro de apuestas el premio céntuplo del sudor y del esfuerzo ajeno.

Mientras que esta antigua Europa predicaba siempre en su política el «derecho del hombre», introdujo en la economía una lucha sin escrúpulo entre el trabajo y el capital. Consiguió dividir al organismo social en clases y a incitar la una contra la otra, contándoles de los intereses particulares de las clases artificialmente creadas.

El resultado de las dos «libertades» de la antigua Europa, es decir de la «libertad» política y de la económica, de la democracia y del liberalismo, era la decadencia política y económica bajo la forma que nuestra generación ha conocido como crisis social plenamente desarrollada en todos los sectores del organismo social, es decir en el sector de la creación filosófica, religiosa, económica y artística y en el derrumbamiento completo de todas las instituciones sociales. De qué modo el materialismo ha turbado el espíritu de los gobernantes de la antigua Europa, que en esta

carrera tras la dicha personal no poseían ningún sentimiento, ninguna brújula y ninguna medida para la comunidad y de qué modo ha empedernido sus corazones se infiere claramente del triste hecho, que estos hombres en su ceguera han entrado a la fuerza en la lucha contra la nueva Europa e incluso cooperaron para este fin con el enemigo más grande de la humanidad, con el bolcheviquismo.

Por cierto que esta cooperación no es ninguna casualidad, porque las dos ideas — la democrática-materialista y la bolcheviquista — provienen de la misma mentira, son los productos del concepto racionalista de la sociedad humana. El bolcheviquismo es el último de estos frutos enfermizos de un organismo social envenenado por la filosofía racionalista, es la última fase de una grave enfermedad social.

La gran mentira del siglo 19 — la mal comprendida «libertad» del individuo — originó resultados tristes, pero inevitables, es decir el derrumbamiento de un sistema y el envenenamiento de naciones enteras que ahora se convulsan bajo la carga de los pecados de los que debían haber sido sus campeones en la lucha por la convalecencia.

Gracias a Dios que junto a estas naciones infectadas quedaron otras sanas que lograron desprenderse después de una lucha de dos siglos de la epidemia perniciosa de la filosofía racionalista. Junto a la mentira también vivía en Europa la chispa de la verdad. El ejemplo más hermoso de la sana resistencia contra la dañosa influencia materialista lo ofrecen las obras de los filósofos, sociólogos, economistas y políticos alemanes del siglo 19 y 20. La humanidad debe agradecerles el que hayan conservado a lo menos en una parte de Europa la chispa viva de la fe en una existencia mejor y en los ideales, con la que más tarde personalidades como Hitler y Mussolini pudieron encender la santa llama del nacionalismo.

Nosotros los croatas tenemos la suerte que en nuestro país — gracias al padre de la patria — el nacionalismo lleno de ideales y de amor fué despertado hace ya setenta años. Nuestra nación no se ha contagiado de los frutos venenosos de la democracia occidental, sino esperaba siempre a su caudillo. Al fin encontró a este caudillo en la persona del Dr. Ante Pavelic que hará florecer a la nación croata a base de las calidades de su raza: lealtad, idealismo, abnegación y amor para la causa común y que organizará al Estado croata sobre un fundamento tal, que perdurará eternamente. La nación croata es feliz, porque Dios le ha dado en estos tiempos difíciles su hijo mejor.

DR. JANKO JANEFF, SOFÍA:

El semblante de la época titánica

Actualmente lo titánico pertenece otra vez a la esfera de lo histórico. Es manifestación del valor mundial indomable que han poseído muchas épocas hasta la fecha. Pero ningún tiempo estaba tan monumentalmente conmovido y arrastrado por este último extremo de furor mundial como el actual.

Es la época de la guerra, que el Occidente hace únicamente cuando la época histórica parece caducar y cuando atraviesan el firmamento planetas que anuncian el hundimiento de un imperio. Los bárbaros eran titanes; mucho antes lo fueron los primeros conjuradores de los elementos del cosmos, los griegos trágicos que crearon la base del ser para toda la mitología europea y titanes eran también todos los indomables, los condenados y solitarios, que crearon la leyenda de la resistencia y del caos eternamente acechando en el fondo original de la vida. Titánica es la visión y creación de Dante, titánico el anhelo de Beethoven.

Lo monumental de la expresión mundial titánica de la que hablamos es otra cosa. Es una potencia histórica que no ha existido siempre y que no siempre se ha reconocido justamente. Significa la realización suprema de la voluntad política.

No toda guerra es universal y por lo tanto de origen titánico, sino solo la guerra que transforma la fisonomía del mundo y lo crea de nuevo; cuando se eclipsa el tiempo de los tiempos y cuando se abre el abismo entre el pasado y lo nuevo en el que desembocan las últimas corrientes de lo que se pierde, lo que se muere en la Historia y lo que se profana. La guerra es razonable cuando vence la esfera del instinto empírico de conservación, cuando se sobrepone a la prudencia y se hace irracional y eso a fuerza de una voluntad sobrehumana. Toda gran guerra significa la terminación de un desarrollo milenario y manifiesta una ley fundamental en todas las transformaciones del mundo. Pero como tal, es el plano y la salvación del genio que conduce la historia mundial.

Todas las guerras grandes son trazados titánicos del espacio en el que el espíritu del siglo lucha por su nuevo porvenir. Por eso una época dominada únicamente por los conceptos de la razón o un tiempo burgues y materialista no pueden experimentar grandes emociones de esta idea. El burgués, igual que el intelectual petrificado y el materialista, es incapaz de reconocer las guerras

como manifestaciones de una fuerza inexplicable e inefable, porque la historia universal no le afecta. No se puede justificar o negar las guerras que son inevitables como los grandes fenómenos de la naturaleza. Son los actos de un drama gigantesco cuya ley dicta el cielo.

Porque en tales guerras no es solo cuestión de conquistas de tierra, de influencias económicas, de asegurar una permanencia en la tierra, sino que se trata de la manifestación del mito del espíritu que derriba, el imperio del Minotauro para que se haga la luz sobre la tierra. Se trata de la recuperación de fuerzas vitales perdidas o altajadas, de la santificación de la nobleza y de la libertad.

Como toda guerra tampoco esta puede motivarse por el orden de la creación como expresión de la fidelidad al destino; y sin embargo está motivada por la forma última y suprema del credo del ser: por el *derecho demoníaco*. No es ningún derecho que esté escrito en cualquier documento humano o sagrado.

Este derecho es único y manifiesta su validez solo en épocas de ocaso, cuando la historia amenaza quedarse detenida.

Como toda historia solo comienza cuando el hombre está inclinado a mirar en el abismo y ponerse a la disposición de un destino inmenso y oscuro durante los períodos estáticos de la vida, no se puede hablar de aquel derecho que sólo resulta consciente y absoluto cuando surge la decisión de obedecer a la llamada del Señor.

El semblante de la época que cumple este derecho es espantoso. Es el semblante que se forma en los campos de batalla. El semblante rozado por el hálito de la muerte. Un tal semblante no es sólo actual y sólo terrestre. Lleva encima llamas que nos unen a lo que no muere, a lo inmortal. Siente el viento de las alas del espíritu universal que hace y tiene que hacer lo que ya no tiene nada que ver con los conceptos y las medidas de los hombres.

Tal es la fisonomía de nuestro presente; el presente real, absoluto en el que acontece el encuentro de todos los encuentros, la lucha del alma contra el diablo, del genio contra el infierno. Este encuentro significa la fase suprema del conocimiento político de Europa y al mismo tiempo la realización demoníaca del indogermanismo que hoy por primera vez se sirve de un modo tan emocionante del poder que le concede la Providencia para mantener no solo un imperio y una nación sino la misión de una raza. La época venidera sólo reconocerá realmente este movimiento cuando el hombre amorfo se desplome definitivamente y cuando ella consiga el valor de pensar según la voluntad de Dios.

WILLEM SASSEN,

LA HAYA, ACTUALMENTE EN EL FRENTE ORIENTAL:

El arte en la Unión Soviética

Busqué mucho tiempo, busqué constantemente, porque lo que buscaba merecía la pena, pues buscaba el arte en la Unión Soviética.

Que la política económica llevada a cabo por los gobernantes del Kremlin no podía menos de ser devastadora es algo que yo mismo igual que cualquier otro había podido averignar enseguida, después de una rápida observación; pero que fuese posible organizar la vida de todo un pueblo, «configurar» el día de trabajo de tal forma que no quedara ni el más mínimo rastro de valores estéticos; que en ninguna parte fuese interrumpida la gris monotonía de las ciudades soviéticas y la miseria deprimente de los pueblos y que la vista no se pudiera alegrar un solo momento con la creación de un artista, eso no lo hubiese esperado jamás.

Al darme cuenta de que el último tiempo no había producido nada que pudiese merecer el nombre de arte, he buscado los residuos de arte antiguo. Y entonces hallé el síntoma característico del encuentro de bárbaros con un arte superior, extraño, enemigo para ellos, con este resultado: todo lo que el país de la Ucrania, tan colmado de riquezas por la naturaleza, encerraba de obras de arte, todo lo que el pueblo de la Ucrania, nación muy dotada y amante del arte, había coleccionado en el transcurso de los siglos y lo que daba fe de una prosperidad mayor y de un fino sentido artístico, todo quedó aplastado bajo la ancha bota del terror rojo. He estado en iglesias de las que viejos campesinos me habían descrito el antiguo aspecto interior de un modo tan arrebatador que me parecía verlo con mis ojos espirituales y con esta imagen en mi alma entré y encontré allí un vacío desolador, donde se había intendado sin piedad, destruyendo las bellezas preciosas, matar también al espíritu que las había creado. Estuve en palacios y en casas magníficas que guardaban bajo sus techos obras de arte admirables y que desde hacía 20 años habían sido reducidos a edificios insustanciales del partido. Pasé por casas campestres en las que los habitantes supieron guardar de generación en generación sus imagenes santas de las tormentas que habían bramado tantas veces sobre el país y el pueblo de la Ucrania. Pero no pudieron esconder estas imagenes ante la sagacidad certera de los judíos; las más hermosas han ido a parar en manos de los reyes americanos del Dólar. También ellos contribuyeron al fin a orga-

nizar el ejército rojo que echó a estos campesinos inocentes de sus casas y de sus cortijos.

Yo puedo decir de mi mismo que he hecho todo lo posible para comprender todo lo que se puede contar como arte soviético. Intenté entender, concebir la voluntad o el símbolo, el espíritu o la idea que allí se manifestaban. Incluso me he abismado en los manifiestos y discursos interminables por los que este arte trataba de justificarse con sentencias persuasivas: a propósito he tapado mis oídos ante la verdad crítica de que este movimiento artístico debe ser una cosa pobre si para comprenderlo se necesita los programas y discursos de sus creadores. Incluso he investigado la vida de algunos artistas soviéticos y he intentado hallar allí una explicación para lo que me resultaba incomprensible, un esclarecimiento de los enigmas que me parecían densas tinieblas. Todo esto no me ha conducido a ningún resultado. La única realidad que quedaba era el «arte» mismo. Si se manifestaba bajo la forma horrible de una imagen de yeso en la que ni siquiera eran exactas las proporciones físicas o en un verso que pecaba contra las leyes más elementales de la poesía o si el «arte» se expresaba por los colores de un cuadro, cuyo »primitivismo« era tan completamente inorgánico que no surgía del alma sencilla del artista, sino que se basaba únicamente en la incomprensión de los principios de su profesión; siempre el »arte« bolcheviquista seguía vacío, insípido e inexpressivo. Para la vista mimada de todo europeo aparece repugnante. Me quedé asombrado ante el hecho que aun talentos cuya potencia original se sentía todavía en sus primeras obras, podían hundirse tan pronto en la masa descolorida que es lo único esencial para el bolcheviquismo. Busqué una contestación a la pregunta, ¿cómo ha sido posible que un sistema pueda esclavizar, incluso destruir, de un modo tan espantoso las fuerzas artísticas del espíritu y del alma? Hallé una solución para este enigma al averiguar, que en toda la Unión Soviética con sus fábricas innumerables no existe ni una fábrica de juguetes para los niños. El artista y el niño, que están tan cerca uno de otro como el pulmón del corazón, fueron destruidos los dos por este sistema. Siendo ambos inconcebibles por si y no cabiendo en ningún sistema y en ningún método, no pudieron salvarse de las garras que estrechaban la tea roja amenazando quemar a los países y a las naciones.

Y cuando al anochecer caminamos bajo nubes majestuosas, teniendo delante hasta perderse de vista el país del que se adivina, que sólo espera para regalar silencioso su riqueza incomensurable, entonces comprendemos y sentimos la canción que nos llega del cortijo lejano.

JACQUES DORIOT, LEGIÓN FRANCESA:

Por nuevos caminos

Sigue la lucha terrible que las naciones aliadas de Europa llevan contra el bolcheviquismo, pero está cerca el día del ajuste definitivo de la cuenta con el enemigo odiado de la cultura.

Yo tuve ocasión de conocer a Rusia en las *distintas épocas* y de juzgar también objetivamente las faltas del gobierno zariano.

Cuando a fines de la guerra de 1914 a 1918 estalló la revolución rusa, el bolcheviquismo pretendía contribuir a la desaparición de las clases sociales; pero pronto había restituido estas clases más poderosas que antes. La llamada clase burguesa fué reemplazada por los bolcheviquistas mismos que por añadidura ostentaban el desaire que es característico para la actitud de los advenedizos. Al mismo tiempo que había reconocido las intenciones reales del Cremlín los *sucesos* me daban razón. De 1932 hasta 1940 el retroceso en todos los dominios se hizo cada vez más grave.

Tuve ocasión de conversar en ciudades distintas con obreros que se habían quedado al llegar los ejércitos europeos. La *situación social* de esta gente es indescriptiblemente deplorable. Las viviendas soviéticas son inconcebibles. Los inquilinos viven a siete u ocho en una pequeña habitación. Eso es una verdadera vergüenza para los que pretenden tener un plan de organización socialista. Las condiciones de trabajo y alimentación de estos hombres eran terribles según sus propias declaraciones. ¿Pero cómo puede explicarse su resistencia? Eso se explica fácilmente si se hace observar, que el bolcheviquismo era tan destructor, que ha aniquilado de antemano a todo arranque de resistencia moral por débil que fuese que hubiera sido indicado para crear una nueva selección, sofocándolo en su origen.

Nuestros enemigos y los que esperan una victoria del bolcheviquismo han aprovechado la retirada militar del frente del Este para propagar los rumores más inverosímiles. Basta el simple sentido común para desvirtuar estas mentiras. A pesar del frío nos encontrábamos en pleno avance, cuando en el día primero de diciembre la temperatura bajó de repente de 10 a 41 grados bajo cero. ¿Quién no podría imaginarse las influencias de un cambio tan súbito sobre el material lo mismo que sobre los hombres que tienen que quedarse en primera línea y llevar una

existencia completamente distinta de la vida normal? Pero al mismo tiempo se observó *como síntoma evidente de agotamiento* que los bolcheviquistas habían echado al combate sus divisiones siberianas. Eso daba también libertad al Japón, provocado de un modo desacertado por los Estados Unidos a entrar en la guerra. Por todos estos motivos era pues muy prudente «mejorar la línea del frente». Cuando nos retiramos los soviets tardaron varios días en darse cuenta de nuestra ausencia. Al averiguarlo por fin intentaron naturalmente desordenar nuestro repliegue metódico. Pero no tuvieron éxito y sacrificaron además cantidades considerables de hombres y de material. Los oficiales bolcheviquistas lanzaron su gente al ataque en olas seguidas, asaltando los soldados mano a mano. Las olas fueron recibidas por el fuego de las ametralladoras y de todas las armas terribles de las que disponemos, pero la vida no vale gran cosa en la Rusia soviética.

Algunos se preguntarán, si era necesaria esta guerra. Yo sobre esto puedo decir únicamente, que si Adolf Hitler no hubiera tenido la capacidad espiritual para dar el primer golpe con la energía de decisión propiamente suya, *entonces Europa ya hubiese dejado de existir*. Todo nuestro Continente hubiera sido saqueado por las hordas de Stalin. Para comprender eso basta un viaje de Brest-Litowsk a Moscú. Solo allí se da uno cuenta del peligro que amenaza a Europa. Lo que digo yo, lo dirán también millones de soldados a su regreso.

Si no hubiéramos aniquilado al bolcheviquismo, entonces el bolcheviquismo nos hubiese aniquilado a nosotros.

Por eso estoy orgulloso de haber participado en esta lucha. Hubiera sido la vergüenza de mi vida, si nuestro país no hubiese estado presente en esta lucha de Europa contra su enemigo más terrible. Esta guerra interesa a Alemania, es cierto; *pero también es una guerra de todo el continente*, sí, incluso del mundo entero.

Creo en la derrota del mundo plutocrático-bolcheviquista y de todo lo que representa; *esta guerra es en realidad una revolución gigantesca* que llevará por fin a la liquidación del bolcheviquismo y del mundo plutocrático.

Pero evitemos a toda costa el desvarío fatal, que basta contemplar a todo el mundo luchando para poder tener voz en la cuenta final.

Solo hallaremos nuestra salvación por los caminos nuevos y solo por osadía. De esta «innovación», de esta «osadía» ha surgido la Legión de los Voluntarios Franceses contra el bolcheviquismo.

Solo por acciones se puede salvar a Europa.

INGENIERO DIPLOMADO

RUDOLF HOFFMANN, BERLÍN:

Proyecto para el tráfico europeo

Por la guerra actual la unidad de destino del continente europeo se ha hecho una realidad incontestable y evidente.

La fuerza económica de todo el continente bien aunada y bien dirigida significa una potencia tan enorme y que emana plenamente de sus propias fuentes de energía, que todos los intentos de sobreponerse a ella desde fuera están condenados al fracaso. No son las masas enormes y unidas de tierra de cualquier gran continente las que favorecen la formación de potentes economías de gran espacio. Decisivo para la formación de un gran espacio económico es siempre el hombre. La fuerza y por lo tanto el papel de una nación en un gran espacio económico no se mide sólo por la cantidad de hombres, sino que, lo mismo que en la vida y relaciones mutuas de estos, se mide por el «potencial» creador, organizador y combatiente. La división de la comunidad humana en naciones consanguíneas no es ningún obstáculo ni mucho menos para una estrecha unión económica de todos, conservando cada grupo sus particularidades culturales.

La unidad del gran espacio económico es una unidad de tráfico, pues en el transporte razonable de bienes y de personas dentro del espacio que se ejecuta todos los días por innumerables vías de comunicación, se manifiesta y se ejecuta siempre de nuevo. Es evidente que las múltiples necesidades de circulación implican una red de comunicaciones densa y potente que les corresponda.

El dictado de Versalles era un ejemplo acabado de como se podía desmembrar y liquidar la unidad natural del continente: se crearon miles de kilómetros de fronteras nuevas, se cortaron carreteras, ferrocarriles y vías de navegación, se volaron puentes y se levantaron barreras. Durante los dos decenios entre las dos guerras mundiales fué aumentando en casi todos los estados europeos con paso lento y seguro la actividad mercantil con los países de ultramar a costa del negocio europeo continental; este desarrollo tenía que llevar al abandono de las vías de comunicación de todas clases en el continente europeo. Otra consecuencia del sistema era la supresión consciente de las múltiples posibilidades económicas del continente que consistían en la explotación de las riquezas existentes del subsuelo, en el cultivo de nuevos productos agrícolas

importantes y en la explotación racional de las abundantes fuerzas humanas. Para un cálculo anticipado del futuro tráfico continental no basta en modo alguno tomar por base las cantidades de producción y demanda de los años pasados y suponer únicamente un enlace económico más decididamente orientado hacia el continente. Hace falta tener en cuenta que el continente podrá obtener en sus regiones meridionales productos que hasta ahora se le mandaban del extranjero (por ejemplo algodón, habas de soja, plantas oleaginosas) y que en cambio los países meridionales tendrán que importar más madera, trigo etc. de la Europa central y septentrional. Es decir, ¡aumento rigurosísimo del intercambio económico y del tráfico continental! Aprovechando las posibilidades propias de su espacio Europa no solo se librarán de todas preocupaciones por la entrada de cualquier mercancía de importancia vital, sino que eliminará al mismo tiempo todo paro forzoso visible u oculto que el continente sufrió hasta ahora. El alza correspondiente del tenor general de vida, la enorme capacidad adquisitiva de una comunidad económica de más de 500 millones de hombres garantizan que, en tiempo no lejano, ningún otro gran espacio del mundo podrá alcanzar tal altura de rendimiento. Las tareas del continente europeo para consolidar y asegurar su unidad interior habían de ser gigantescas; una economía unificada en el sector de la obtención y distribución de energía deberá ser la base primera para la explotación eficaz de las posibilidades de producción y además la mediadora y portadora del nuevo orden. Tareas que sobrepasan la capacidad de un país pequeño o que exceden los estrechos intereses locales no pueden quedar sin cumplir cuando el bien general requiere su realización. Ningún estado europeo debe ver en la aceptación de subvenciones financieras para la construcción de vías de comunicación transcontinentales una cuestión de prestigio; el futuro tráfico europeo continental será bastante más intenso, más denso y subdividido que nunca; las distancias medias del transporte, aun las de transportes de gran tonelaje, aumentarán considerablemente. En particular resultan para los distintos medios de comunicación ciertos puntos de vista y líneas de orientación para su aplicación futura que a continuación se explicarán a grandes rasgos.

Tráfico aéreo

La aviación está destinada a un tráfico de gran espacio y sólo en grandes distancias halla un campo de acción suficiente y por lo tanto buenas perspectivas para su rentabilidad. Solo estará indicada para un círculo limitado de viajes especiales de primer orden, aunque en los últimos años ha aumentado muy rápidamente su

circuito. Entre todos los medios de comunicación tiene el tráfico aéreo la particularidad de ser el más insensible a los obstáculos geográficos y al mismo tiempo el más sensible a las inclemencias del tiempo.

Construcción de carreteras y tráfico automóvil

Hasta ahora en general la densidad de las vías de Europa ha sido un fiel trasunto de la densidad de población y de economía. Al espacio central europeo, sumamente desarrollado, le rodean por todas partes espacios con redes de vías cada vez menos densas y peores. Por eso es evidente que con arreglo a la creación de una gran unidad económica europea será preciso ejecutar más trabajos constructivos en las carreteras de los países marginales europeos que en el centro del continente, por mucho que exija la mayor densidad de la economía y del tráfico en la Europa central la construcción de carreteras de descongestión de primer orden. Desde el año 1933 se está construyendo en Alemania por orden del Führer una red de carreteras nacionales de automóviles sumamente eficaz, que se une a la red de carreteras existente para conseguir tráfico intenso, considerable, veloz y amplio. Esta red de autopistas fué proyectada desde el principio de tal forma que puede ser continuada orgánicamente en los países vecinos europeos. En los países europeos en que actualmente la densidad de las vías y del tráfico automóvil es todavía reducida estará indicada en el porvenir una red de autopistas, junto a las carreteras existentes, aunque naturalmente de mallas mucho mayores que en el territorio del Reich. Sobre todo en la región oriental de Europa para las grandes distancias y el transporte en parte considerable no se podrá prescindir de las autopistas que llevan aparajado la velocidad y la eficiencia. En estas regiones se resolverá primeramente la falta completa de carreteras consolidadas y aptas construyendo buenas carreteras de paso del tipo de las del Reich, pero que en su trazado corresponderán completamente a los principios de la construcción de las autopistas. Así más tarde se podrán transformar estas carreteras en autopistas añadiendo una segunda vía y suprimiendo todo los pasos a nivel. El tráfico automóvil es, entre los medios de comunicación por tierra, el más caro y al mismo tiempo el de primera calidad; cuenta con la red de carreteras más densa de todas y puede realizar por lo tanto todos los transportes imaginables sin trasbordo o sea sin cambio de coche. En caso necesario le bastan pistas sumamente provisionales y es bastante independiente de los obstáculos geográficos; pero no está absolutamente defendido contra las influencias del tiempo, sobre todo contra la niebla, la nieve, la

aguanieve y la helada a pesar de las contramedidas enérgicas. Su desarrollo en el continente europeo no está terminado ni mucho menos, según se puede apreciar comparándolo con el de la América del Norte. En el transporte de cargas pesadas sobre buenas pistas el tráfico automóvil puede concurrir con otros medios de comunicación, sobre todo con los ferrocarriles, cuando no se trata expresamente de transportes de gran tonelaje. A grandes distancias, como las habrá sobre todo en el tráfico entre la Europea central y oriental y en terreno llano se podrán reducir seguramente todavía más los costes propios del tráfico automóvil, usando vehículos mayores o formando largos trenes con dos o más remolques. El espacio ampliado exigirá imperiosamente esta adaptación de las bases técnicas del tráfico. Gracias a la movilidad particular de la construcción de carreteras y del tráfico automóvil muchas veces los cambios de estructura en el sistema económico de Europa condicionados por la unión de fuerzas en una economía de gran espacio, se manifestarán primero y más claramente en el tráfico automóvil. Al mismo tiempo será el medio de comunicación por el que, tanto en el interior de cada país como en el continente, los hombres, las razas y las naciones se aproximarán más entre sí. Si explotando en comunidad todas las fuerzas económicas del gran espacio se consigue dar al continente una elevación del tren de vida, esto se manifestará primeramente en que en toda Europa poseerán su propio coche muchas más personas que hasta ahora y con ello tendrán posibilidades mucho mayores de viajar y de ver.

Ferrocarriles

Durante un siglo, aproximadamente, el ferrocarril ha transformado y muchas veces reformado completamente la economía y el tráfico de todos los países civilizados. Ha hecho posible en su mayor parte la plenitud económica y vital actual y ha fijado en gran medida la región para todas las industrias nuevas. Ha destruido al mismo tiempo innumerables límites estrechos de un particularismo tradicional y de un retraimiento mutuo en la Europa central y de este modo ha originado ya los primeros pasos de transición de la economía de pequeño espacio a la de gran espacio. El enorme fortalecimiento de todas las fuerzas económicas que de ello resultó puede ser un ejemplo de como el ensanchamiento futuro a una economía de gran espacio continental originará un fortalecimiento de todo el espacio y cómo al mismo tiempo un ensanchamiento así presupone transportes mayores, mejores y más baratos. En los años venideros la red de ferrocarriles de toda Europa tendrá que hacer el papel principal en el tráfico continental igual

que hasta ahora viene haciendo en el nacional. En la Gran Alemania el tráfico anual realizado por los ferrocarriles antes de comenzar esta guerra alcanzó una cantidad de 100.000.000.000 toneladas por km y casi la misma de viajeros por km. Con ello los ferrocarriles realizaron más de la mitad de todo el movimiento de mercancías dentro de Alemania y casi la mitad del movimiento de viajeros.

Excepciones de la vía normal se hallan en Europa sólo en Rusia, en España y en Portugal. También en Norteamérica predomina una vía ancha que hace posible un tráfico mayor, más barato y a veces incluso más rápido. De ahí resulta la cuestión de si un ensanchamiento de la vía no sería indicado también en el futuro gran espacio económico continental de Europa con sus cantidades y distancias mayores. Para el conjunto de la red ferroviaria existente hay que negarlo; pero se puede imaginar que con arreglo a las futuras relaciones de tráfico, especialmente intensas que en todo caso haría falta apoyar por una construcción nueva de vías, se construirá un ferrocarril para transportes de gran tonelaje de vía bastante más ancha y por lo tanto de más barato transporte; sin duda podría transportar grandes cantidades a grandes distancias con gastos menores que el ferrocarril de vía normal, de modo que se pudiese soportar también cierto aumento de los gastos en la nueva construcción de la vía igual que trasbordos en las estaciones de término. Además el desarrollo técnico de los ferrocarriles naturalmente no se ha parado tampoco en la vía normal existente; no es exagerado suponer para grandes distancias velocidades máximas futuras del ferrocarril de 200 a 250 km por hora. Por ahora precisamente en los países de la periferia de Europa la condición técnica y las velocidades de tráfico son muy inferiores y por eso una elevación común hacia una condición más elevada reducirá considerablemente los espacios y las distancias. Las vías ferroviarias con mucho tránsito tienen ventajas de organización y de economía al ser electrificadas; de aquí viene una tarea que va estrechamente unida a la explotación ampliada de la energía de las fuerzas hidráulicas, todavía abundantes en Europa. Los ferrocarriles de la Europa central y septentrional también han sido precursores en este sentido. La densidad de la red ferroviaria es tan grande en la Europa central, que apenas será necesario construir vías nuevas importantes; pero sí se podrá aumentar la capacidad de algunas estaciones y del material rodante. En cambio en los países periféricos del continente, sobre todo en el Este y Sureste, será necesaria todavía una condensación de la red ferroviaria. Es evidente que la explotación del espacio oriental europeo para Europa exigirá obras gigantescas en el dominio de la construcción

de ferrocarriles; pero la fuerza económica superior de las potencias continentales se encargará de solucionar este problema también. Lo que es importante en este caso es que los ferrocarriles son relativamente insensibles para el clima y el invierno del Este y Noreste europeo y por consiguiente menos afectados que, por ejemplo, las vías de navegación europeas.

Navegación

Para el movimiento de las mercancías, la navegación tiene la enorme ventaja de ser el medio de comunicación que realiza los transportes más baratos que ningún otro. Se aspira a concentrar las mercancías en lo posible y a ramificar ampliamente las vías navegables para que muchas mercancías puedan aprovechar estos medios de comunicación extraordinariamente baratos. El Mar del Norte y el Mar Báltico, el Mediterráneo y el Mar Negro son receptáculos ideales del tráfico, sobre todo porque con sus bahías y las desembocaduras de los ríos se acercan a las regiones económicas más importantes del continente. En ciertos puntos del continente la combinación del tráfico fluvial y marítimo como la existente en el Rin entre Colonia y los países norteros o entre Budapest y los puertos del Mar Negro y del Mediterráneo oriental llevan muy tierra adentro las ventajas de la navegación. Donde termina el tráfico de los barcos marítimos sigue con la navegación fluvial en los ríos y los canales hacia el interior del continente. Si el continente europeo ha de unificarse en un gran espacio económico serán pues importantes las vías de navegación fluvial que ligan las grandes divisorias hidrográficas del continente. A través de todo él, desde la punta meridional de España hasta las grandes lejanías del Nordeste de Rusia pasa la principal divisoria hidrográfica de Europa que separa la región del Atlántico, el Mar del Norte, el Báltico y el Mar Blanco en el Norte y en el Este de la región del Mediterráneo, del Mar Negro y del Mar Caspio en el Sur y Sreste. El sistema de vías navegables del continente europeo será tanto más perfecto cuantas más rutas navegables capaces crucen esta divisoria hidrográfica principal. Aparte los canales más pequeños como el entre el Rin y el Rodano, entre el Dniepr y el Bug, no existe actualmente en toda Europa ninguna ruta navegable de esta clase. En el Reich se están construyendo ahora dos vías navegables de esta clase que son el canal entre el Rin, el Meno y el Danubio y el canal entre el Oder y el Danubio. Otros pasos a través de la divisoria hidrográfica principal los realizarán más adelante un canal entre el Werra y el Meno, otro entre el Elba y el Morava y acaso también otro entre el Neckar

y el Danubio, de modo que en la Europa central se verificará ya la unión de todas las grandes rutas navegables a través de la gran divisoria hidrográfica. Falta todavía una ruta navegable capaz para grandes barcos a través de la Puerta Borgoñesa que lo mismo que la Puerta Morava pertenece a los pasajes particularmente preferidos de la divisoria hidrográfica. Sólo en el Este el continente europeo tiene regiones que están más alejadas de la costa. Enormes sistemas fluviales y divisorias hidrográficas bajas y en partes pantanosas piden verdaderamente la construcción de un gran sistema unido de rutas navegables, pudiéndose mejorar todavía bastante el tamaño de los barcos y con eso la capacidad y rentabilidad de las rutas navegables. Es verdad que a esta ventaja natural se opone la desventaja esencial del clima del Este y del Nordeste de Europa que imposibilitan el aprovechamiento de las rutas navegables durante muchos meses del año. Si se consiguiera — lo que sólo será posible dentro de bastante tiempo — construir una vía navegable entre el Mar Báltico y el Mar Negro y hacerla tan eficiente que fuese navegable para barcos pequeños y medianos, entonces el continente europeo tendría a su disposición vías de comunicación ininterrumpidas desde el Sureste hasta la Europa central y septentrional tan extensas y con tipos de fletes tan baratos, como hoy todavía no se puede imaginar en todas sus consecuencias. Incluso una parte del tráfico entre la Europa central y septentrional y Africa, la India y Australia preferiría hasta Suez la ruta por el Mar Negro, es decir por la línea interior a la que pasa por Gibraltar.

Pero sobre todo el Danubio, la vía de comunicación antiquísima entre el Centro y el Sureste europeo está llamado a desempeñar un papel principal en el futuro tráfico del continente, particularmente porque en la Europa central recibirá a través de la divisoria hidrográfica principal comunicaciones navegables ininterrumpidas hasta el Mar del Norte y el Báltico. Mediante presas habrá que eliminar los defiladeros en la ruta extensa y por lo demás eficiente del Danubio para poder aprovecharlo, con utilidad mucho mayor que hasta ahora, al servicio de todo continente (hasta ahora no pasaban por la Puerta de Hierro mucho más de 5.000.000 toneladas de mercancías al año). El Danubio que por largos trechos pasa a unos 300 km del Adriático no tiene comunicación navegable con él y la divisoria hidrográfica secundaria entre el Mar Negro y el Mediterráneo opone obstáculos mucho mayores que la principal. Existen antiguos proyectos para canales que hagan la comunicación entre Viena y Trieste, pasando por Agram y entre Belgrado y Saloniki; ambos vencerían esta difícil divisoria hidrográfica secundaria. El poco tráfico actual y las grandes dificultades del terreno opondrán

obstáculos a la realización de los dos proyectos; pero la Europa unida, fuerte y poderosa de los tiempos venideros también volverá a estos planes. Donde ríos como el Danubio tocan el territorio de varios estados, la cooperación metódica de todos tendrá que garantizar la explotación y el máximo incremento de la capacidad de tan valiosas vías de comunicación.

En suma, el continente europeo presenta el cuadro general de una distribución de tráfico que subraya la importancia natural y la situación como centro de gravedad de la Europa central y deja entrever la correlación de todas las partes en un conjunto armonioso. Es tan vigoroso el desarrollo de los medios de comunicación por tierra que el despliegue económico no se ha limitado como en otras partes del mundo a la estrecha región de los espacios litorales. Por lo tanto, según su tráfico, el continente no necesita transformarse en gran espacio económico con la dominación certera de la línea interior, sino que ya lo es. Cada nueva vía de comunicación hará a Europa más rica, más potente y más segura. Sería desacertado hacer de los cálculos del tráfico probable que con arreglo a la economía de gran espacio serán sobrepujados de todas formas algún día, la única piedra de toque para la cuestión de si ésta o la otra vía de comunicación sobre el continente será lucrativa. Adolf Hitler al dar la orden para la construcción de las carreteras nacionales de automóviles ha demostrado, cómo hace falta tener en cuenta, por encima de todos los inconvenientes y cálculos del momento, el gran conjunto y el porvenir mejor. Europa posee fuerza humana productiva, riquezas de subsuelo y posibilidades de producción de todas clases en cantidades mucho mayores que las conocidas hasta ahora. También su tráfico halla buenas condiciones naturales y por la actividad y el celo de sus naciones ya está antravesada y abierta por vías de comunicación tan capaces, que posee las mejores condiciones imaginables para una economía común de gran espacio.

El frente de la civilización europea

El pueblo eslovaco cumplirá sus deberes que provienen de su adhesión a la comunidad de las naciones cultivadas tan lealmente en el porvenir como hasta ahora. El peligro más grande que jamás ha amenazado a la cultura europea será eliminado. Doce naciones garantizan, que la enfermedad espiritual del bolcheviquismo será extirpada hasta en sus últimos rastros.

Presidente del Consejo de Ministros Tuka, Presburgo.

La camaradería de los soldados europeos

Desde hace una semana ya no ha nevado; pero el cielo sigue gris, aquel gris lúgubre que hace del cielo ruso una bóveda abrumadora. El viento cortante que llamamos «Blizzard de Sibérie» silba y hace temblar los terribles postes negros. El pequeño termómetro que uno de nosotros lleva fijado en su manga indica 39° bajo cero. Habíamos aprovechado la mañana para reforzar nuestras posiciones.

Quisiera que comprendiéseis toda la significación de la palabra «posición». Allá abajo en las trincheras acaba toda civilización, allí se prepara nuestro próximo ataque. Donde está cubierto de nieve el terreno negro en el que abundan las cuevas, allí se encuentran los valones. Las trincheras son un baluarte empotrado en la tierra helada. Nuestras vigías son torres de minas abandonadas, en las que se descomponen cientos de cadáveres de caballos. Hace falta guardar muchos kilómetros de la estepa blanca, una lejanía que duele a los ojos. Es ancho el horizonte en este gran país, en el que el hombre quisiera tener diez varas de altura, para poder acecharlo todo. Ese es el paisaje de colinas que rodea a la ciudad, sucio a pesar de la nieve y que exhala un olor pútrido.

Del otro lado de estas grandes colinas que la nieve ha transformado en cuadros feos, está la tierra de nadie. Lejos se extiende la tierra de los soviets enemigos que saben que el invierno es su único aliado real. Saben que pronto tocará a su fin y en cuanto el terreno esté negro otra vez y se haya secado el barro del deshielo, la máquina admirable que los ha rechazado ya tanto continuará su marcha incontenible.

En ese día los valones volverán a cantar sus canciones de marcha por las carreteras que por primera vez en el transcurso de la historia han pisado hombres de nuestra sangre.

Se habla de conocimiento nacional, más todavía de patriotismo. En una mañana de enero sentí latir mi corazón, cuando se izó nuestra bandera sobre el remate de una casa destrozada por la guerra. En este momento se olvida la guerra y la proximidad del enemigo. Los ojos están vueltos fijamente a esa pequeña bandera y se comprende el sentido de la palabra «orgullo».

Muchos de nuestros compatriotas han olvidado que una nación solo es grande por el orgullo de su pasado, de su cultura, de su civilización.

En el agosto de 1941 miles de nuestros compatriotas sentían como valones verdaderos la responsabilidad ante su gran pasado histórico.

No hemos llegado demasiado tarde. *Nos hemos puesto de parte de la juventud de Europa*, para guarecer nuestra propia cultura de la destrucción más satánica que pueden imaginarse cerebros humanos.

Yo he conocido al bolcheviquismo: Desde que atravesé las fronteras que hasta el 22 de junio de 1941 estaban herméticamente cerradas él ha originado la realización de otra cosa magnífica: la unión de las potencias europeas, la lucha lado a lado que ninguna cooperación pacifista ha sabido verificar.

Aun tengo ante mis ojos el cuadro de la degeneración y del embrutecimiento de un pueblo que parece paralizado para siempre. Como soldado con las armas en la mano he atravesado la Ucrania. Como periodista he investigado este país que pudiera ser un solo campo de trigo tan grande como Francia. Prisioneros puestos en libertad, ingenieros, obreros, mujeres y ancianos han hablado conmigo francamente. No era necesario interrogarlos militarmente. Vivía simplemente entre ellos en sus cabañas miserables de barro, en los que la hornilla caliente les sirve de alcoba. Primero les preguntaba, qué era lo que sabían de Europa. No sabían nada. Era preciso mantener a este pueblo en la ignorancia para que aceptase su desgracia como un hecho. Se dice que el pueblo es apático y que el régimen de Stalin corresponde a su temperamento servil.

He hablado largos ratos con rusos y ucranianos. Lo que más les extrañaba era, que en la Europa civilizada algunas familias obreras habitasen una casa entera, una verdadera casa con su puerta pintada, sus escaleras verdaderas, cortinas en las ventanas y muebles de roble. Aun veo que estupefacto quedó un labrador de un koljos ante una calle aseada en un suburbio moderno de Bruselas, viéndola en una fotografía que revolvía entre sus manos manchadas de tierra. Indicó una de las casas y preguntó ingenuamente: «¿Qué cuarto habita vuestra familia?» Solo por piedad no le dije a ese hombre toda la verdad.

Una vez durante la estancia en un pueblo después de una marcha fatigadora por la carretera fangosa dejé sobre la mesa miserable de una choza en la que estaba instalado una hoja de una

revista de modas que representaba un salón de té muy frecuentado de Bruselas. Mi pobre patrona casi no daba fe a sus ojos al ver la fotografía y preguntaba: «¿Existe eso en América?» Se comprende el asombro de la mujer; pues todos los días se la había persuadido por el altavoz que estaba instalado en la pared encalada de su barraca y que le estaba prohibido parar, que Europa era un caos terrible.

Por estas conversaciones me he dado cuenta de lo que nunca hubiese comprendido solo por observaciones. Pero a esta miseria terrible física y moral de un pueblo que se dejaba en la ignorancia sobre la existencia de un mundo fuera del soviético la domina la comunidad maravillosa de las naciones europeas combatientes.

Me dirijo con esto a los que se sienten *europesos*, que no quieren vivir retraídos y no miran sus fronteras como altos muros cubiertos de fragmentos de cristal. Quien haya viajado mucho y haya conocido a Europa antes de 1939 me comprenderá mejor. Es una *cinta de naciones* que se prolonga desde Murmansk hasta la costa del Mar Negro, una *cadena enorme* que se opone a las olas de barro del bolcheviquismo.

Durante su largo avance por el lodo de la Ucrania la legión valona se ha encontrado con compañeros de todas las naciones y de todas las latitudes de Europa, unidas con las tropas de color gris de campaña del ejército alemán. La voluntad común ha eliminado las dificultades que trae consigo la cooperación militar de naciones con lenguas distintas y temperamentos completamente opuestos. Quien comprende algo de la estrategia tendrá que admitir que la incorporación a un ejército compuesto por elementos tan diversos parecía imposible al principio. Hoy se conocen los soldados de todos los países europeos aliados y saben apreciarse mutuamente. Hace algunos años la idea de una cooperación semejante hubiera provocado en muchos un encogimiento de hombros, no lo hubiesen comprendido que una nación de ocho millones arriesgue voluntariamente sus capacidades morales y militares. Vivíamos en la espera de la catástrofe inevitable. Aguantamos los torbellinos que transformaron a Europa. Hoy nuestra nación no vacila en presentarse en la encrucijada de las naciones que representa el frente del Este.

En mi largo viaje de regreso tuve que usar un coche que iba enganchado a un tren ambulancia italiano. Compartía mi asiento, en este caso mi maleta, con un sargento italiano que hablaba conmigo del país valón, mientras que cerca de nosotros un oficial eslovaco conversaba con un soldado húngaro. Apenas conocían

nuestra patria. Yo les contaba de esta patria en una mezcla de alemán, italiano y ruso.

Quizás alguno se ría de esta escena. Entonces no comprende la significación real de esta liga de soldados en gris de campaña y en caqui que van mezclados en un coche sin calefacción y comparten entre sí las mantas y el rancho.

Aun podría dar muchos ejemplos de la comunidad de armas que ha surgido en vista del peligro común. Pero encima del aniquilamiento del bolcheviquismo que lucha como una fiera herida a muerte, encima del sufrimiento inmenso de un pueblo que se halla desconcertado frente a la corrupción que ahora ve claramente resplandece el nuevo orden maravilloso de Europa que ha sido acarreado por las armas.

Allá donde no se pronunció jamás el nombre del país valón marchan nuestros legionarios. Se juzga a nuestro país según estos soldados, de los que muchos presencian ya la tercer guerra. En el Este carteles que ostentan los colores de la legión valona indican el camino que ha recorrido. Se debe estar orgulloso de que nuestra bandera ondee allá abajo a la vista del enemigo, a miles de kilómetros de la patria en uno de los puntos más avanzados hasta los que ha llegado el asalto de la guerra de liberación europea.

Abnegación y sacrificio

Al volver una hoja nueva en la historia de la humanidad europea se nota una tensión en todas las naciones. Jamás en la historia de las naciones vigorosas de nuestro mundo han podido realizarse revoluciones como la que ahora experimentamos sin sacrificios personales muy importantes. Cuanto más interviniente era una revolución, tanto más emocionantes, conmovedoras a veces e incluso heroicas eran sus manifestaciones.

Siempre hay que recordarse de nuevo, que lo que vive la generación actual en Europa es acaso la revolución más profunda que el mundo haya visto jamás.

H. C. van Maasdijk, La Haya.

Dr. MATTHIAS SCHMITT, BERLÍN:

Cooperación europea en Africa

II. Africa como espacio complementario de Europa

Africa pertenece al Viejo Mundo y por eso las naciones europeas la conocieron primero. Pero es el último continente del que las naciones de Europa tomaron posesión después de la extensión comenzada en la época de los descubrimientos sobre toda la tierra. Es cierto que se navegó alrededor de toda Africa en los primeros tiempos de colonización, tocándola solo en la *orilla*. El interior del país quedó sin explorar. Sólo cuando en el último cuarto del siglo pasado comenzó una nueva, es decir la segunda época de colonización europea bajo el signo del imperialismo, se inició entre las *distintas* grandes potencias europeas una *carrera por Africa* de la que a veces amenazaban surgir serios conflictos políticos. La parcelación política del continente sin tener en cuenta su estructuración racial y económica fué, como resultado de puras luchas de poderíos, una desmembración política y una disección inorgánica que dificultaba de antemano todo desarrollo sano del país y del pueblo.

La potencia preponderante era Inglaterra — una nación de vitalidad descendente, la cual, en vista del número reducido de su población en proporción al territorio que ya poseía, no tenía ningún interés particular, ni mucho menos *vital* en el desarrollo del país, sino que pensaba únicamente en la *explotación* de sus fuerzas económicas o humanas para sus finalidades imperialistas.

Con la ocupación de Africa había terminado el período de expansión europea que también podemos llamar liberalista. Y al mismo tiempo, aproximadamente, comenzó a prepararse un cambio fundamental en las relaciones entre Europa y el resto del mundo. Hasta entonces se enfrentaban dos grupos: por un lado los países industriales europeos, técnicamente muy desarrollados, de cultura muy adelantada y políticamente expansivos; por el otro lado los territorios agrícolas y coloniales de gran espacio, ricos pero sin desarrollar todavía y políticamente de poca importancia. Europa poseía la supremacía incontestada en la economía mundial que se basaba sobre su monopolio industrial. Hasta el último decenio del siglo pasado se hallaba en Europa, mejor dicho en el Oeste de Europa, el único centro de la economía mundial. Aquí se juntaban todos los hilos en su sistema central nervioso. Los países europeos

se parecen a una gran fábrica; a las economías nacionales de ultramar se les asignaba únicamente el papel de proveedoras de materias primas (sobre todo a América donde abundan las riquezas de subsuelo) y de compradoras de productos acabados (al continente asiático con sus masas enormes de hombres). Europa era el gran taller del mundo, en el que se realizaba el trabajo de perfeccionamiento de las primeras materias importadas.

A la larga no se podía mantener este estado de cosas. Ya a fines de siglo se había abierto paso una evolución procedente de los Estados Unidos de América y del Japón que solemos llamar, en general, la *industrialización de los países agrícolas y de materias primas*; un proceso que era inevitable y incontrastable y que tuvo por consecuencia que al lado de Europa, hasta ahora el único punto esencial de la economía mundial, se formaran dos grandes centros nuevos muy industrializados. Debido a la agravación de las tendencias nacionalistas y proteccionistas han surgido en todas partes industrias nuevas, por ejemplo en el Canadá y en América, en el Sur de Chile, en el Egipto y en el Próximo Oriente, en la India, en la China y en Australia que han perturbado y por último destruído la supremacía de Europa como punto central de la economía mundial. De este modo Europa había disminuido de por sí y en relación al mundo. Había perdido — como dijo H. Stegmann en una ocasión — no solo el equilibrio sino también su propio peso.

Desde que, con arreglo a los cambios de estructuración de la economía mundial y siguiendo las tendencias de formar grandes espacios unidos políticos y económicos, los Estados Unidos de América y el continente asiático se han sustraído cada vez más a la influencia europea haciéndose inaccesibles a toda intervención de potencias ajenas — también bajo la forma de inmigración de hombres o importación de mercancías — la expansión colonial de las potencias industriales europeas ha quedado reducida esencialmente al vecino continente africano, situado inmediatamente ante sus puertas.

Sobre esta base, el problema de Africa alcanza un interés mucho mayor del que generalmente se le atribuye. Porque solo así se conoce que para el porvenir de nuestro propio continente Africa tiene una *importancia inmensa*.

Africa es el *centro de reservas* indicado y el almacén natural de Europa. Es todavía y probablemente por mucho tiempo tierra colonial en el sentido original de la palabra, con su economía sin explorar, su cultura sin desarrollar y su política completamente

pasiva. Africa necesita Europa — para poder dirigir su explotación, sus posibilidades económicas y no solo detener la decadencia interior, sino trocársela en un desarrollo sano racial-nacional; y *Europa necesita Africa* para conseguir los productos de la agricultura tropical que puedan abastecer su enorme población y las materias primas vegetales y minerales exigidas por su industria muy desarrollada y para alcanzar el mayor desarrollo y la mayor independencia posible.

Actualmente se ordena a Europa y se la organiza de nuevo — eliminando a aquellas potencias, como lo soviética y la británica, cuya política correspondía a una actitud contraria a Europa. La unidad europea es una de las principales condiciones para la gran tarea común que Africa propone a Europa: *colonizar realmente este continente*.

La potencia que actualmente aun predomina en Africa, la plutocracia de Inglaterra, no es capaz de ello, ni por su fuerza material ni por la espiritual. Como colonizadora ha fracasado y perdido el prestigio: ha mirado a Africa únicamente como un medio de explotación económica o instrumento de política de hegemonía europea, es decir, ha abusado de ella. No se consideró ni se cumplió la función real y natural de Africa como espacio suplementario de Europa.

Tareas inmensas nos esperan en Africa. El trabajo apenas ha comenzado todavía. Nuestro saber sobre sus *posibilidades económicas* está casi en su comienzo. Las *riquezas minerales* del subsuelo no están reconocidas aun en modo alguno; las *fuerzas hidráulicas* están casi sin explotar; las posibilidades para el cultivo de *plantas oleaginosas, de fibras de caucho* y de otros productos tropicales solo están aprovechadas muy limitadamente y la inmensa *riqueza de madera* de las selvas vírgenes casi nada.

Condición para la iniciación eficaz de todas estas tareas es la *apertura* del país al tráfico, construyendo ferrocarriles, carreteras, muelles y campos de aviación; *el saneamiento de la población* luchando contra la mortalidad de los niños, contra las enfermedades contagiosas, como el paludismo, la enfermedad del sueño, la lepra, la fiebre amarilla, las viruelas, el tifus etc.; luchando contra las epidemias del ganado como la tsetsé, la peste bovina etc. y por último, luchando contra las filoxeras y los animales dañinos de todas clases. En suma, pues, una *inmensidad de trabajo que espera aquí a Europa* y exigirá sus fuerzas. Su ejecución es una *tarea de toda Europa* que importa a todas las naciones de nuestro continente que quieren llevarlo a un nuevo auge.

Marcha a la campaña africana

DE LA ARENGA EN LA ASAMBLEA NACIONAL,
APUNTADA POR SALUSTIO

Desde pequeño hasta ahora he estado acostumbrado a todas las molestias y a todos los peligros.

Para mí lo que tengo que esperar está en mi mismo y tengo que asegurármelo por esfuerzos y conducta irreprochable. Porque no puedo contar con ninguna otra cosa.

Cuanto más valiente es un hombre, tanto más noble es también. Y si ahora se pudiese preguntar a los antepasados de un Albinus o de un Bestia, si hubiesen preferido procrearme a mí o a ellos — ¿qué otra cosa creéis que hubieran contestado más que esto? ¡Desearíamos hijos que fuesen lo más capaces posible! Si esos tienen pues razón de mirarme con desprecio, también deben hacerlo con sus antepasados, para los que igual que para mí la nobleza fué el premio del *mérito*. Me envidian mi distinción. Entonces que me envidien también mi *trabajo* y mi *entereza* igual que mis *peligros*, porque por ellos la he ganado.

Para mi legalización no puedo presentar ni cuadros de mis mayores ni triunfo o consulado de mis antepasados, pero sí, cuando es preciso, lanzas, un pendón, escudos y otras insignias de guerra, además cicatrices sobre el pecho. Eso son los cuadros de mis antepasados, esa es mi nobleza que cierto no me fué dejada por herencia, sino que tuve que adquirir personalmente por esfuerzos y peligros innumerales.

Mis palabras no están bien formuladas; eso me importa poco. Pero lo que es lo mejor de todo para el Estado, eso sí que lo sé: arrebatarse un enemigo, hacer guardia, no temer nada más que un nombre manchado, soportar igualmente al invierno y al verano, dormir sobre el suelo, aguantar al mismo tiempo indigencias y esfuerzos. Según estos principios quiero educar a los soldados y no quiero ni tenerlos a ellos en la escasez y a mí en la abundancia, ni reservar a mí la gloria y a ellos los esfuerzos. Tal es un mando que promete buen resultado, tal es un mando popular. Porque enervarse a uno mismo y ejercitar a las tropas con duros castigos, eso sería presumir de señor en vez de ser caudillo. Por una conducta igual o parecida a la mía vuestros antepasados han conquistado la gloria para sí mismos y para el Estado.

Me llaman roñoso y de modales groseros, porque no sé organizar un banquete distinguido, no tengo bufón y ningún concinero que

cuesta más que un administrador. Eso lo admito voluntario. Porque he oído decir a mi padre y a otros hombres respetables: El atavío es para las mujeres, para los hombres el trabajo y quien es honrado debe poseer más gloria que riqueza. Armas y no mobiliario deben ser su adorno. Pues bien, que hagan lo que les cause alegría y a lo que ellos atribuyan importancia. Que pasen su vejez donde han vivido su juventud: en los banquetes como esclavos del vientre y de la parte más baja del cuerpo. Que dejen el sudor, el polvo y otras cosas parecidas a nosotros, para los que eso es más agradable que los banquetes. Pero eso tampoco quieren hacerlo. Porque después de haberse manchado con vilezas, ahora se empeñan los bribones en quitarle sus premios a los bravos. Así acontece la gran injusticia, que exuberancia y holgazanería, estos vicios graves, no perjudican a los que los ejercen, pero son la perdición para el Estado inocente.

Yo mismo quiero ayudaros en la marcha y en la lucha como consejero y en el peligro como compañero y en todos los casos trataros a vosotros y a mí de modo parejo.

Porque de veras: con ayuda de los dioses todo está maduro: la victoria, el botín y la gloria. Y aunque fuese incierto todavía o estuviese lejos de realizarse, sin embargo todos los hombres honrados deben socorrer al Estado. Por cobardía nadie se ha hecho inmortal todavía y jamás ningún padre ha deseado a sus hijos, que les fuese concedida una vida eterna, sino únicamente que terminen su vida en honra y gloria. Diría más todavía, si palabras pudiesen animar a los miedosos. Para los decididos creo haber dicho más que suficiente.

HEINRICH VON KLEIST,
POETA ALEMÁN, 1777-1811:

¿Qué está en juego en esta guerra?

¿Está en juego lo que estuvo en juego en las demás guerras que se ha hecho en el territorio del mundo infinito? ¿Está en juego la gloria de un príncipe joven y emprendedor que en la fragancia de una dulce noche de verano ha soñado con laureles? ¿O el desagravio para la susceptibilidad de alguna favorita, cuyos atractivos ha sabido apreciar el soberano del Imperio, pero que se ponen en duda en cortes extranjeras? ¿Se trata de una campaña

que se juega como una partida de ajedrez igual que aquella querrela por causa de la sucesión española, por la que ningún corazón late más fuerte, ninguna pasión exalta el sentimiento, ninguna fibra se estremece herida por la flecha envenenada de la ofensa? ¿Se trata de marchar a la campaña al llegar la primavera, de hallarse ambos partidos con las banderas al viento, luchar y vencer o acuartelarse otra vez en los cuarteles de invierno? ¿Se trata de ceder una provincia, de zanjar con las armas una reclamación o de hacer valer una deuda o se trata de cualquier otra cosa que pueda medirse a peso de oro, que hoy se puede poseer, mañana dejar y pasado mañana recuperar otra vez?

Está en juego una comunidad, cuyas raíces con miles de ramas como un roble penetran en la tierra del tiempo; cuya cima, abrigando con su sombra virtud y moral, toca el borde plateado de las nubes; cuya existencia fué santificada por la tercera parte de la edad de la tierra. Una comunidad que, desconociendo el espíritu del despotismo y la sed de conquistas, es tan digna como otra de existir y de ser tolerada; que no puede ni pensar en su gloria, si no piensa al mismo tiempo en la gloria y en el bien de todos los demás que habitan el orbe; cuya idea más desenfrenada y prodigiosa, alcanzada por poetas y sabios con las alas de la imaginación, significa todavía sumisión bajo un gobierno mundial que por libre elección habrá sido instaurado por la totalidad de las naciones hermanas. Está en juego una comunidad, cuya lealtad y franqueza inalterablemente empleada tanto con el amigo como con el enemigo es proverbial en las bromas de los vecinos; que por encima de toda duda es la que más quieren los otros; cuya inocencia despierta misteriosamente el sentimiento del extranjero, aun cuando sonrío o incluso se burla de ella; de modo que el que a ella le pertenece solo necesita decir su nombre para hallar crédito aun en las partes más lejanas del mundo. Una comunidad que muy lejos de llevar en su pecho solo un arranque de altanería, más bien se parece a un alma bella que hasta la fecha no ha creído en su propia grandeza, que ha revoloteado incansable como una abeja para recoger todo cuanto hallaba de excelente, cual si no hubiese nada originalmente hermoso en ella misma; en cuyo seno sin embargo (¡si está permitido decirlo!) los dioses habían guardado más puro que en ningún otro el ideal de la humanidad. Una comunidad que en el intercambio de servicios no quedó jamás deudora de la estirpe humana; que para cada arte de paz que recibía de las naciones, de sus hermanos y vecinos, les devolvía otro; una comunidad que ha sido siempre una de las que más esforzada y enérgicamente trabajaba en el obelisco de los tiempos; sí, que ha colocado la primera piedra y acaso estaba destinada a poner la dovela.

FRIEDRICH HÖLDERLIN

POETA ALEMÁN, 1770—1843:

Las horas del entusiasmo

Si no es un pueblo noble el que ejecuta las grandes acciones no son más que un golpe violento contra una frente torpe y si los altos valores no encuentran un eco en corazones altos son como una hoja moribunda que cae en el barro.

¿Preguntas por hombres, naturaleza? Lloras como una lira que solo toca el hermano del azar, el viento, porque murió el artista que la dominaba. ¡Ya vendrán tus hombres, naturaleza! *Un pueblo rejuvenecido* también a tí te hará más joven y serás como una novia y la antigua liga de los espíritus se renovará contigo.

El avasallamiento mata, pero la guerra justa hace resucitar todas las almas. ¡Eso es lo que le da al oro el color del sol, que se le eche en el fuego! ¡Eso solo es lo que le da al hombre toda su juventud, que rompa sus cadenas! Únicamente eso es lo que le salva, que se encamine y aplaste la serpiente, el siglo servil que envenena toda bella naturaleza en su origen.

Hay horas grandes en la vida. Alzamos la vista a ellas como a las figuras colosales del porvenir y de la antigüedad, luchamos contra ellas una lucha magnífica y si salimos airoso se convierten en hermanas y no nos abandonan.

El hombre que no haya sentido por lo menos *una* vez en su vida la belleza pura, absoluta, cuando se entrelazaron en su alma las fuerzas de su ser como los colores en el arco iris, el que no haya experimentado jamás, como solo en las horas del entusiasmo todo coincide en la armonía más íntima, ese hombre ni siquiera será un escéptico filosófico, su espíritu no está hecho ni siquiera para derribar, cuanto menos para construir.

¡Lo he conservado sacrosanto! ¡lo he llevado dentro de mí como un paladio, lo divino que se me reveló! y si en adelante la fatalidad me prende y me lanza de un abismo al otro y ahoga en mí todas las fuerzas y todas las ideas, esto único ha de sobrevivirme dentro de mí y brillar y gobernar en mí con su claridad eterna, imperecedera.

Me causa alegría el porvenir.



Ahora ha terminado toda melancolía y mi espíritu se ha hecho más firme y más pronto, desde que estoy ocupado en un trabajo vivo y ¡mira! ahora también tengo un orden del día.

¡Todo para cadauno y cadauno para todos! Hay un espíritu regocijado en las palabras y por eso conmueven siempre a mis hombres como un mandamiento de los dioses. Ver así como las esperanzas ablandan la naturaleza entumecida y todos sus pulsos laten más vigorosos y la frente oscurecida se despeja y brilla con los proyectos, estarse así de pie en un ambiente de hombres, rodeado de fe y de gozo, eso sí que es más que contemplar a la tierra y al mar y al cielo en toda su gloria.

Nadie debe conocer a nuestra nación futura solo por la bandera; todo ha de rejuvenecerse, debe cambiar a fondo; ¡lleno de seriedad el gozo y alegre todo trabajo! nada, ni lo más mínimo, ni lo más cotidiano sin el espíritu y los dioses.



Le quitamos su fuerza al azar, dominamos al destino.

Si no crece ningun tallo de hierba sin haber en él una fuerza germinativa propia; ¡cuánto más debe haberla en mí! y por eso, porque me siento libre en el sentido supremo, porque siento que soy comienzo, por eso creo que soy infinito, indestructible. Si me ha hecho la mano de un alfarero, que destruya su vaso como guste. Pero lo que vive no puede haber sido fabricado, tiene que tener naturaleza divina desde su origen, superior a todo poder y a todo arte y por lo tanto indestructible, eterno. La medida es inmensa con la que el espíritu humano mide las cosas y ¡así debe ser! Queremos conservar puro y santo el ideal de todo lo que aparece, el impulso nuestro de formar lo que no tiene forma, según lo divino en nosotros mismos; de avasallar la naturaleza rebelde por el espíritu que domina en nosotros y que jamás debe darse por satisfecho a mitad del camino.

Las odio como la muerte, todas las mezquinas cosas intermedias de algo y de nada. Toda mi alma se resiste a la insustancialidad. Lo que no es todo y eternamente todo eso no es nada para mí.

¡Tu espíritu libre ha de ejercer su derecho inexpugnable contra la resistencia de la *naturaleza*! Si ella nos desafía en lucha no quiere que pidamos cuartel, no protege a los cobardes, castiga al adulator que en plena conciencia de su nobleza y de su poder acoge a la combatiente veterana diciéndola quejumbroso: «¡Tienes las mejores intenciones, amiga mía! Me entrego a tí y te entrego mis armas.» El carro ferreo del destino atropella al que no tenga valentía para sujetar a sus caballos por la brida. — Tampoco quiere la naturaleza que se refugie uno ante sus tempestades en el mundo de las ideas, contento de poder olvidar la realidad en el reino tranquilo de lo posible. Examínalas, las profundidades de tu

ser, pero solo para salir a la lucha más invencible todavía, como Aquiles después de haberse bañado en la Estigia. ¡Realiza lo que piensas! — ¡No abandones tu timón cuando un aire alegre infle tus velas! ¡Es lo mejor estar libre y contento; pero también es lo más difícil sostener al espíritu en sus alturas, en el reino silencioso de lo imperecedero y contemplar sin embargo serenamente desde lo alto a la vida tornasolada de los hombres y aun al propio corazón y permitir humanamente y sin envidia hasta a los más pequeños el alegre parentesco con lo divino!

Ha ganado mucho el que puede comprender la vida sin entristecerse. Además también es bueno el entusiasmo y la pasión, la devoción que no quiere tocar, no quiere conocer a la vida y después desesperación, cuando la vida misma surge de su infinidad. El profundo sentimiento de la mortalidad, de la transformación, de sus restricciones temporales excitan al hombre a intentar mucho, a ejercer todas sus fuerzas y no le deja caer en ociosidad; se lucha tanto tiempo contra quimeras hasta que por fin se halle algo verdadero y real, para conocerlo y ocuparse de ello.

Cuando alguna vez volvía a resplandecer en la noche de mi espíritu una idea o la imagen de un héroe me asombraba y me alegraba, cual si un Dios se hubiese hospedado en la región empobrecida; entonces me parecía como si un mundo habría de plasmarse dentro de mi

Una semilla echada en los corazones de la nación debe producir un océano de espigas de oro.

La armonía de los espíritus será el comienzo de una nueva historia mundial.

En general tengo un consuelo y es que cada movimiento y cada disolución tiene que llevar necesariamente o al aniquilamiento o a la reorganización. Pero el aniquilamiento no existe; por eso la juventud de este mundo tiene que resurgir de esta descomposición. Creo que se puede afirmar con toda seguridad, que jamás el mundo se presentó tan abigarrado como ahora. Es una variedad inmensa de contradicciones y contrastes. ¡Lo antiguo y lo moderno! ¡Cultura y barbarie! ¡Maldad y pasión! ¡Egoísmo disfrazado de humildad! ¡Egoísmo a guisa de fiera! ¡Superstición y ateísmo! ¡Esclavitud y despotismo! Se podría continuar la retahíla desde el amanecer hasta la media noche y no se hubiese nombrado apenas la milésima parte del caos humano. ¡Pero así debe ser! Este carácter de la parte más conocida de la especie humana es seguramente *presagio de cosas extraordinarias*. Yo creo en una *futura revolución de orientaciones y conceptos* que hará sonrojarse a todo lo que hubo hasta la fecha.

Sobre el Infinito

Que el hombre contemple, pues, la Naturaleza entera en su alta y plena majestad; que aleje la vista de los objetos bajos de su alrededor y mire esa deslumbrante luz colocada como una lámpara eterna para iluminar el universo; que considere a la Tierra como un punto en la inmensa órbita que aquel astro recorre y que se asombre de que esta vasta órbita no sea ella misma más que un punto muy fino comparada con el espacio que abarcan los astros al girar en el firmamento. Pero, si nuestra vista se detiene aquí, que la imaginación avance más; antes se cansará ella de concebir que la Naturaleza de crear. Todo este mundo visible no es más que un imperceptible trazo en el amplio seno de la Naturaleza. Ninguna idea se aproxima a ella. Y todavía podemos dirigir nuestras concepciones fuera de los espacios imaginables; a costa de la realidad de las cosas, no produciremos más que átomos.

En una palabra: el mayor carácter sensible de la omnipotencia de Dios es que nuestra imaginación se pierda en este pensamiento.

Pero para presentar al hombre otro prodigio también asombroso, que busque, entre las que conoce, las cosas más delicadas, como las que un ácaro le ofrece en la pequeñez de su cuerpo, con partes incomparablemente más pequeñas: patas con articulaciones, venas en esas patas, sangre en esas venas, humores en esa sangre, gotas en esos humores, vapores en esas gotas ... Que continúe dividiendo y agote sus fuerzas en estas concepciones y que el último objeto a que pueda llegar sea ahora el de nuestro razonamiento. Pensará quizá que está entonces en la extrema pequeñez de la Naturaleza. Y quiero demostrarle la infinita magnitud de ella.

Quiero hacerle ver más allá un nuevo abismo. Quiero pintarle, no sólo el mundo visible, sino también la inmensidad de la Naturaleza que se puede concebir comprendida en el recinto de un diminuto átomo. Que vea allí una infinidad de universos, de los que cada uno tiene su firmamento, sus planetas, su Tierra, en la misma proporción que el mundo visible; en esta Tierra animales y en fin, ácaros, en los que volverá a encontrar lo que los primeros han dado, encontrando en los otros lo mismo, sin fin ni reposo. Se perderá en estas maravillas, tan asombrosas en su pequeñez como las otras en su extensión. Pues ¿quien no admirará que nuestro cuerpo, que antes era insignificante en el universo, imperceptible

él mismo en el seno del todo, sea ahora un coloso, más bien un mundo o mejor un todo, comparado con la nada, a la que no se puede llegar?

Quien se considere de tal suerte se asombrará de si mismo; y considerándose sostenido en la masa que la Naturaleza le ha dado, entre esos dos abismos del infinito y de la nada, temblará a la vista de tales maravillas y creo que su curiosidad, cambiándose en admiración, estará más dispuesta a contemplarlas en silencio que a buscarlas con presunción.

Pues, al fin, ¿qué es el hombre en la Naturaleza? Una nada ante el infinito, un todo ante la nada; un término medio entre todo y nada. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y su principio quedan para él invenciblemente ocultos en un secreto impenetrable.

¿Qué podrá él, pues, concebir? ¿Será el infinito? ¿Será la nada? El es igualmente incapaz de ver la nada, de donde ha salido y el infinito, qué le absorbe.

¿Qué hará entonces, sino apercibir alguna apariencia de entre las cosas, en una eterna desesperación de conocer su principio ni su fin? Todas las cosas proceden de la nada y son llevadas hacia el infinito ¿Quién podrá seguir tan asombrosos trayectos? El autor de esas maravillas las comprende; cualquier otro no podría.

Pero las partes del mundo están de tal modo relacionadas y encadenadas entre si, que creo imposible conocer la una sin la otra y sin el todo.

Conocemos la verdad, no sólo por la razón, sino también por el corazón. Es de este último modo como conocemos los primeros principios y es en vano que el razonamiento, que no tiene parte en ellos, intente combatirlos. Los escépticos, con este único objeto, se esfuerzan inútilmente. Sabemos que no soñamos la imposibilidad en que estamos de probarlo mediante la razón. Esta impotencia no prueba otra cosa que la debilidad de nuestra razón, pero no lo incierto de todos nuestros conocimientos, como los escépticos pretenden. Pues el conocimiento de los primeros principios, como que hay espacios, tiempo, movimiento, números, es tan firme como cualquiera que pudiera darnos el razonamiento. Y es sobre estos conocimientos del corazón y del instinto donde la razón necesita apoyar y fundamentar todo su discurso. El corazón siente que hay tres dimensiones en el espacio y que los números son infinitos y la razón demuestra en seguida que no hay dos números cuadrados perfectos, de los cuales el uno sea el doble del otro. Los principios

se sienten, las proposiciones se concluyen y todo es cierto, aunque por diferentes caminos. Y es tan inútil y ridículo que la razón exija al corazón pruebas de sus primeros principios para aceptarlos, como lo sería que el corazón exigiera a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que ella demuestra para admitirlas. Sin embargo, esta impotencia no debe servir más que para humillar a la razón — que quisiera juzgar de todo — pero no para combatir nuestra certidumbre. ¡Como si no hubiera más que la razón capaz de instruirnos! ¡Plugiera a Dios, por el contrario, que no tuviéramos jamás necesidad de ella y que conociéramos todas las cosas por instinto y por sentimiento! Pero la Naturaleza nos ha rehusado este bien; al contrario, nos ha dado muy pocos conocimientos de esta clase y todos los demás no pueden ser adquiridos más que por el razonamiento.

El corazón tiene sus razones, que la razón no conoce; esto se aprecia en miles de casos.

Yo digo que el corazón ama al ser universal naturalmente y también naturalmente se ama a si mismo, según los casos, se inclina hacia una u otra parte; y también se endurece contra el uno o contra el otro, a su elección. Vosotros habéis rechazado al uno y conservado el otro. ¿Es por la razón, por la que os amais? Es el corazón quien siente a Dios y no la razón. He aquí en qué consiste la Fe: Dios sensible al corazón, no a la razón.

Testamento

¡Ay del que se deje morder por el áspid del interés personal! Quien lucha en nuestras filas por la esperanza de un premio futuro — por mucho que trabaje — no es digno de la camisa negra. Y si un día os asalta la amargura y la triste sensación de haber sido dejado aparte y que se burla de vosotros el que no hace caso de los ideales y que avanza rápidamente sin detenerse ante las tumbas de los mártires, solo mirando a la tierra de la que recoge todo lo que pueda, entonces, camaradas, dejadnos arrodillarnos ante la tumba de un caído, de un joven voluntario fascista que bajo la tierra se ha casado con la muerte.

*Guido Pallotta
Héroe italiano*

Sobre el porvenir de Europa

El mundo antiguo estaba maduro para el hundimiento. Un mundo nuevo debía surgir.

Entre dos épocas así se extiende el caos y en el caos la humanidad no puede subsistir. En eso están las raíces de los acontecimientos actuales. Entre los escombros de un mundo que se hunde y que ya no halla confianza y el porvenir se encuentran muy pocos hombres que han descubierto y comprendido *los indicios del tiempo venidero* y quieren reemplazar con ellos los de la época sobrevivida.

La iniciativa moral y espiritual para crear ideas nuevas, la iniciativa que presta un nuevo impulso a las fuerzas constructivas o que transforma la opinión general sobre la actividad de los hombres, la iniciativa que llevó al descubrimiento de un Nuevo Mundo, al invento del arte tipográfico o de la pólvora, a la explotación del vapor, la iniciativa política que iniciaba una revolución social, la liberación de una clase opresora o el intento de una reorganización de la sociedad jamás puede ser reclamada por una nación sola como su propiedad espiritual. Ya en tiempos pasados la iniciativa se corría de un pueblo a otro y los consagraba a todos mensajeros y profetas para el bien de la humanidad.

Dos grandes cuestiones ocupan el primer lugar en la Europa actual: la cuestión *social* y la cuestión *nacional*. En el fondo solo son las dos partes de una misma cuestión. Pues cada revolución afecta irremediabilmente a las condiciones sociales. Y siempre de nuevo se trata de entablar las relaciones mejores entre el trabajo y el capital, entre producción y gasto, entre patrono y obrero.

Probablemente por la aparición de la cuestión nacional será incitada la iniciativa que prestará un impulso nuevo a los espíritus y a los desarrollos europeos.

El problema *social* puede ser solucionado más o menos dentro de las fronteras de cada país; en el fondo y en suma es una cuestión interior de cada nación.

Necesariamente la solución de la cuestión nacional coincide con la unión de las naciones, por lo cual la equivalencia de las naciones debe ser basada sobre un fondo nuevo, sobre *el nuevo orden de la cooperación europea*.

De antemano todos los intentos de separar las dos cuestiones están condenadas al fracaso, porque son inseparablemente coherentes. También los hombres que defienden únicamente las

demandas nacionales saben que revoluciones que quieren apoyarse sobre la colaboración de las masas han de satisfacer sus demandas sociales justificadas; ellos saben que una revolución no puede tener éxito más que teniendo por fin el bienestar de las masas; y que por el otro lado sería un crimen, si solo persiguiera los intereses de una minoría, de una clase, de un monopolio.

La gran idea social que hoy predomina en Europa exige lo siguiente: supresión del proletariado, vencimiento de la tiranía del capital que se acumula en las manos de un pequeño número de personas, distribución de los bienes producidos o de los valores obtenidos por ellos según el trabajo ejecutado, unión libre de los elementos productivos, pago individual del trabajo que se debe conseguir de forma amigable y gradualmente y que se debe sustraer tanto que posible a la arbitrariedad del capital. Este es el sumario comprimido de todas las demandas sociales que actualmente se puede mirar razonablemente como justificadas. En esto no se trata de destruir la riqueza y propiedad de una clase, de suprimirla o de transferirla a la fuerza a otra clase; solo ha de lograrse que el grupo de gastadores se ensanche y aumente por lo tanto la producción; que los que producen los valores reciban su parte, que se le proporcione al obrero la posibilidad de conseguir propiedad y bienestar y que cada uno que posea la buena voluntad, las capacidades y la formalidad ética encuentre el capital necesario y la posibilidad de trabajar por su propia cuenta. Esas son las ideas que bien se puede mirar como justificadas y que se impondrán poco a poco.

Estas ideas son comunes a toda Europa; provienen de la filosofía de la historia. Sus germenos que remontan al italiano Vico encontraron terreno fértil sobre todo en los pensadores alemanes. Según ellos ya no se mira a la humanidad como *una aglomeración de individuos* que fueron reunidos por cualquier circunstancia favorable, sino como una *comunidad* que está llamada por la providencia a pasar una vida ascendiente y a realizar un proyecto de educación consecuente. La comprensión de la convivencia de las comunidades nacionales debía conducir a la idea de su unión que ahora domina todas las reflexiones de los caudillos políticos.

La fe cada vez más profunda en esta verdad afirma la certeza que hace tan santa y tan vigorosa la causa del nacionalismo. Por la aprobación de la idea, de la verdad, de la justicia moral resulta por si misma un impulso hacia el desarrollo europeo. Las naciones no luchan por los intereses materiales, luchan por la patria, por la libertad, por una palabra sobre su bandera que le dice a Europa: «Todos vivimos, pensamos y trabajamos para nuestro auge común.»

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA:

„Unidad de Destino“

Cuando el mundo se desquicia, no se puede remediar con parches técnicos: necesita todo un nuevo orden. Y este orden ha de arrancar otra vez del individuo. Oiganlo los que nos acusan de profesar el panteísmo estatal: nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque éste es el sentido de España que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos. El hombre tiene que ser libre, pero no existe la libertad sino dentro de un orden.

El liberalismo dijo al hombre que podía hacer lo que quisiera, pero no le aseguró un orden económico que fuese *garantía* de esa libertad. Es, pues, necesaria una garantía económica organizada, pero, dado el caos económico actual, no puede haber economía organizada *sin un Estado fuerte*: y sólo puede ser fuerte, sin ser tiránico, el Estado que sirva a una *unidad de destino*. He ahí cómo el Estado fuerte, servidor de la unidad, es la verdadera garantía de la libertad del individuo.

Las edades pueden dividirse en clásicas y medias: éstas se caracterizan porque van en busca de la unidad; aquellas son las que han encontrado esa unidad. Las edades clásicas, completas, únicamente terminan por consunción, por catástrofe, por invasión de los bárbaros. Roma nos presenta este proceso. Su edad media, de crecimiento, va desde Canna a Accio; su edad clásica, de Accio a la muerte de Marco Aurelio; su decadencia, desde Cómodo a la invasión de los bárbaros. Cuando empiezan a operar en Roma los dos disolventes que habían de terminar en su destrucción. Roma estaba completa, Roma era la unidad del orbe; no le quedaba nada por hacer. Todo lo externo estaba realizado y Roma no tenía vida interior; su religión, se limitaba a regular ceremonias; su moral era una moral de pueblo sobre las armas, militar, cívica; magníficos resortes para cuando se edificaba; inútiles una vez concluída la construcción. Por eso el cansancio de Roma hubo de refugiarse en dos movimientos de vuelta hacia la vida interna: primero, el estoicismo de nuestro Séneca, que es, todavía, una actitud intelectual, sin efusión; luego el cristianismo, que era la negación de los principios romanos. La religión de los humildes y de los perseguidos, capaz de negar al César su divinidad y aun su dignidad sacerdotal. El cristianismo minó los cimien-

tos de la Roma agitada; pero falta todavía, para que Roma acabe de desaparecer, la catástrofe, la invasión de los bárbaros.

Estamos ahora cabalmente al fin de una edad que siguió tras la edad media, a la edad clásica de Roma. Destruída Roma empieza como un barbecho histórico. Luego empiezan a germinar nuevos brotes de cultura. Las raíces de la unidad van prendiendo por Europa. Y llega el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. En esta época la idea de todos es la «unidad» metafísica, la unidad en Dios; cuando se tienen estas verdades absolutas, todo se explica y el mundo entero, que en este caso es Europa, funciona según la más perfecta economía de los siglos. Las universidades de París y de Salamanca razonan sobre los mismos temas en el mismo latín. El mundo se ha encontrado a sí mismo. Pronto se realizará el Imperio español, que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica.

Hacia la tercera década del siglo XVIII empiezan las congojas, las inquietudes; la sociedad ya no cree en sí misma; ya no cree tampoco, con el vigor de antes, en ningún principio superior. Esta falta de fe, en contraste con la pesadumbre de una sociedad otra vez perfecta, impulsa a los espíritus débiles a la fuga: a la vuelta a la Naturaleza.

Juan Jacobo Rousseau representa esta negación; y porque pierde la fe de que haya verdades absolutas, crea su Contrato social, donde teoriza que las cosas deben moverse, no por normas de razón, sino de voluntad. Surgen los economistas y empiezan a interpretar la Historia por referencia a las nociones de mercancía, valor y cambio. Surge la gran industria y con ella la transformación del artesanado en proletariado. Surge el demagogo que encuentra dispuesta una masa proletaria, reducida a la desesperación; y lo que se creyó progreso indefinido estalla con la guerra de 1914, que es la tentativa de suicidio del Europa.

La Europa de 1914 trae la afirmación de que no quiere ser una. Producto de la Guerra Europea es la creación de legiones de hombres sin ocupación; después de aquella catástrofe se desmovilizan las fábricas y se convierten en enormes masas de hombres parados; la industria se encuentra desquiciada, aparece la competencia de las fábricas y se levantan las barreras aduaneras. En esta situación, perdida además toda la fe en los principios eternos, ¿qué se avecina para Europa? Se avecina, sin duda, una nueva invasión de los bárbaros.

Pero hay dos tesis: la catastrófica, que ve la invasión como inevitable y da por perdido y caduco lo bueno, la que sólo confía en que tras la catástrofe empiece a germinar una nueva edad

media y la tesis nuestra, que aspira a tender un puente sobre la invasión de los bárbaros: a asumir, sin catástrofe intermedia, cuanto la nueva edad hubiera de tener de fecundo y a salvar, de la edad en que vivimos, todos los valores espirituales de la civilización.

Tal es nuestra nueva tarea ante el bolchevismo ruso, que es nuestra amenazadora invasión bárbara. Ahora bien, el bolchevismo ruso, como invasión bárbara que es, es excesivo y prescinde de todo lo que pueda significar un valor histórico y espiritual; es la antipatria, carece de fe en Dios; de aquí nuestro esfuerzo por salvar las verdades absolutas, los valores históricos, para que no perezcan.

Todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora, en cuanto ninguna sirvió juntas a la idea *nacional* de la Patria y a la idea de la justicia *social*. Nosotros integramos estas dos cosas: la Patria y la justicia social y resueltamente, categóricamente, sobre esos dos principios inconmovibles queremos hacer nuestra revolución.

Nos dicen que somos imitadores. Nos dicen que somos imitadores, porque este movimiento nuestro, este movimiento de vuelta hacia las entrañas genuinas de España, es un movimiento que se ha producido antes en otros sitios. Italia, Alemania, se han vuelto hacia sí mismas en una actitud de desesperación para los mitos con que trataron de esterilizarlas; pero porque Italia y Alemania se hayan vuelto hacia sí mismas y se hayan encontrado enteramente a sí mismas, ¿diremos que las imita España al buscarse a sí propia? Estos países dieron la vuelta sobre su propia autenticidad y, al hacerlo nosotros también, la autenticidad que encontraremos será la nuestra, no será la de Alemania ni la de Italia, y por lo tanto, al reproducir lo hecho por los Italianos o los Alemanes, seremos más españoles que lo hemos sido nunca.

No hay quien nos confunda: tenemos las caras bien limpias y los ojos bien claros. Todos los que vienen a pedir sombra a nuestras banderas para encubrir reminiscencias antiguas, nostalgias espesas de cosas caducadas y bien caducadas, se alejan pronto de nosotros y luego nos calumnian o nos deforman. En cambio, los buenos, los que sirven, desde nuestras filas y desde fuera de nuestras filas, van percibiendo nuestra verdad.

Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla, alegremente, poéticamente. Porque hay algunos que frente a la marcha de la revolución creen que para aunar voluntades conviene ofrecer las soluciones más tibias, creen que se debe ocultar en la propaganda todo lo que pueda despertar una emoción o

señalar una actitud enérgica y extrema. ¡Qué equivocación! A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

En un movimiento poético nosotros levantaremos este fervoroso afán de España; nosotros sacrificaremos, nosotros renunciaremos y de nosotros será el triunfo, triunfo que — ¿para qué os lo voy a decir? — no vamos a lograr en las elecciones próximas. En estas elecciones votad por lo que os parezca menos malo. Pero no saldrá de ahí nuestra España, ni está ahí — nuestro marco. Eso es una atmósfera turbia, ya cansada, como de taberna al final de una noche crapulosa. No está ahí nuestro sitio. Yo creo sí, que soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto. Y esto lo digo ahora, cuando ello hace que se me retraigan todos los votos. No me importa nada. Nosotros no vamos a ir a disputar a los habituales los restos resabridos de un banquete sucio. Nuestro sitio está fuera, aunque tal vez transitemos, de paso, por el otro.

Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo y en lo alto, las estrellas. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas.

La comunidad verdadera

La acción es el característico de nuestra época. No es preciso defender una causa; los actos hablan por sí mismos; no son una ilusión que disimula una realidad muy distinta, sino ellos mismos son una revelación. En estos actos silenciosos y mudos nos llega el día actual. Porque nuestra comunidad verdadera es la unidad de la nueva Europa que está a punto de plasmarse.

Para poder cumplir dentro de esta comunidad su tarea como individuo y como nación es precisa otra actitud. A esta no se la puede explicar por conceptos. La realidad actual no se puede imaginar en definiciones. Pero lo que es necesario es esto: la disposición a experimentar lo nuevo, la disposición a servirle. Esta actitud no podemos estudiarla en ningún programa.

*Prof. Dr. H. Krekel,
Universidad de Leiden, Holanda.*